

La sonrisa del soldado

Elfidio H. Ramírez

Elfidio H. Ramírez ∞ La sonrisa del soldado



¿ Y si la guerra fuera tan simple como un juego?

Capítulo 1

La sonrisa del soldado.

Elfidio H. Ramírez

1

Notaba la fría humedad dentro de las botas, pero ya estaba acostumbrado a aquella desagradable sensación. Tras incontables meses de lluvia, lo normal es que todo lo que les rodeaba estuviera anegado y no iba a ser diferente ese día. Las trincheras donde se encontraban se asemejaban a terribles, largas y profundas cicatrices excavadas en la tierra que servían únicamente para dividir en dos aquel erial fangoso convertido en un horrible campo de batalla. La muerte y la destrucción se unían al igual que lo hacían el barro y la sangre de los que caían por aquellos que pensaban eran sus enemigos. Así, un día tras otro en una inalcanzable agonía diaria en la que siempre le rondaba la posibilidad de que él fuera a ser el siguiente. Sin embargo, ahora le tocaba estar unos momentos con ella, y mientras la casi totalidad de su compañía rezaba esperando el sonido agudo del silbato de su sargento para iniciar con ello un nuevo asalto y otra carnicería, él, tan solo quería mirarla. Apoyado en cuclillas contra los troncos de madera que aguantaban las paredes de tierra embarrada y con el fusil agarrado entre las piernas observaba una vez más su fotografía.

No podía dejar de mirar aquellos ojos. El color sepia de la imagen no le impedía recordar el cobrizo ardiente de su ondulante y casi rizado cabello; le encantaba pasar los dedos entre aquellos suaves mechones. La mirada que mostraba le recordaba lo bien que le hacía sentirse cada mañana cuando despertaba al toque de diana. Adoraba cada peca de su cara porque sabía que cada una de ellas guardaba un secreto, y esa tierna mirada ladeada, le proporcionaba todos los días las ganas necesarias para continuar sobreviviendo, para volverla a ver. Recordaba como si fuera ayer la primera vez que la vio en aquel pequeño café parisino pegado al Sena. El regimiento disfrutaba de su primer permiso tras un año de encarnizada lucha y no pudo evitar pedirle que paseara junto a él. Solo pretendía hablar, caminar, y ella accedió.

Le guió por aquel maravilloso París. Pasearon por los campos Elíseos, cruzaron el Arco del Triunfo y juntos vieron la Mona Lisa en el Louvre. La sonrisa de la mujer de aquel cuadro se le otorgaba insignificante comparada con la de ella cuando le miraba. Día tras día iban conociéndose y recordó una vez más como hicieron el amor la última noche de su permiso. Ella le regaló su amor, su pasión, su olor a canela, sus besos y todo eso siempre pululaba por su cabeza cada vez que le escribía. Todos

los días lo hacía y ese no sería diferente.

"Querida amada mía. Te engañaría si te dijera que estoy escribiendo confortablemente desde algún tranquilo lugar. Estaría mintiéndote y sé que lo sabrías. Estamos esperando la orden para un nuevo ataque y también falsearía mis palabras si te dijera que no siento miedo. Pero no tengo miedo a caer herido bajo el fuego enemigo ni tengo miedo a morir; únicamente tengo miedo a que, si lo segundo ocurriera, no te vería más.

Es tan ridículo pensar que la llave para volver a vernos no la tenemos nosotros sino un desconocido tras la mira de su fusil. Un desconocido, que quizás esté escribiendo ahora mismo a su amada, a su madre o a su hermana.

Esto es una locura y tu imagen es la única que me mantiene cuerdo.

Sé que pronto volveremos a estar juntos."

El grito de ir preparando sus equipos para el asalto, salida de la abrupta garganta de su sargento, le obligó a guardar la foto en el bolsillo de la guerrera, sobre su corazón. Por mucho frío que hiciera, teniéndola ahí siempre sentiría calor, porque el amor de ella lo era todo para él.

Alzó la vista viendo como el sargento revólver en mano subía por una de las escaleras de madera que ayudaban a salir de aquel refugio de vida y sin asomarse agarró con fuerza su silbato; ése que tantas veces oyó antes del inicio de cada pesadilla. Mirándolos desde su pequeño trono se dirigió a todos pero sus palabras bien valían para cada uno de ellos.

— ¡Muchachos! Quiero que luchéis como nunca lo hayáis hecho antes, pero esta vez os ordeno que no luchéis por vuestro país, ni que lo hagáis por el odio hacia el enemigo que ya se ha incrustado en vuestra alma. ¡No! Os ordeno que luchéis por vuestras familias, por el amor de aquellos que están esperando en casa vuestro regreso. Quiero que luchéis por vuestras madres y padres, vuestros hermanos. Por vuestras esposas y novias. ¡Y os prohíbo que muráis! Mañana quiero que salgan en el correo vuestras cartas diciendo que habéis vencido por ellos, por el amor que les profesáis. Estoy cansado de ser yo quien escriba a madres, esposas y novias que su ser amado ya no volverá. Así que os lo ordeno. ¡Hoy está prohibido morir! ¿Entendido?

El sentir de aquellas palabras provocó la euforia de los hombres que le acompañaban en la estrecha trinchera. Muchos de ellos novatos, se enfrentaban por primera vez a un asalto, pero él no necesitaba de aquellas arengas que en la mayoría de las ocasiones estaban vacías de contenido. Pegada a su corazón estaba la mayor de las razones para sobrevivir cada día de su vida, esa fotografía y la imagen que lo tenía

enamorado.

Y el silbato sonó rasgando el silencio.

Al igual que un enjambre de avispas atizado por una vara, los soldados comenzaron a emerger de la tierra en busca de su ración de sangre, victoria y patriotismo, pero el fuego de las ametralladoras enemigas los llevó con su nueva amiga, la muerte. Sin embargo, las balas parecían desviarse de su trayectoria cuando le tocó salir a él. Avanzaba oyendo los zumbidos de los proyectiles pasando cerca de su cabeza, pero ninguno conseguía su objetivo, impactarle. Zigzagueaba entre montañas de cadáveres y alambradas, escalando las paredes de los profundos agujeros producidos por los obuses enemigos. Avanzaba entre el caos, pero por mucho que lo hiciera nunca veía a aquellos quienes tenían su destino en un minúsculo punto de mira. Avanzaba y continuaba avanzando sin temor porque ella iba con él. Hasta que notó su cuerpo flotar y luego ser despedido con violencia. Después, la luz se tornó oscuridad.

Una lejana voz comenzó a sonar débilmente en su cabeza. Suave, cándida, frágil, la misma voz que escuchó susurrándole al oído "te quiero" la última noche que estuvo con ella.

—Despierta, tienes que despertar. No te marches, idesperta!

Poco a poco la voz fue tornándose más grave, varonil y con esfuerzo consiguió abrir los ojos. Los párpados pesaban tanto como le pesaba su dolorido cuerpo. Le era difícil respirar, aquella presión en el pecho impedía que lo hiciera profundamente y poco a poco emergió de su desenfocada visión el propietario de aquellas palabras. Un soldado bastante más joven se movía frenéticamente de rodillas a su costado. Observó que en el brazo derecho portaba el brazalete blanco con la cruz roja que muchos deseaban atisbar al estar heridos y ahora era él quien lo veía. Se alegró, significaba que no estaba muerto, vivía y podría curar sus heridas en un hospital, cerca de ella.

—Tienes que aguantar. Esos malditos han cesado el fuego, pero no podré sacarte de este cráter hasta la noche. Disparan a los cuerpos que ven moviéndose, no respetan ni a los heridos. Tuviste suerte que me refugiara aquí, aunque ahora tienes que ayudarme y hacer caso a lo que te diga.

Con dolor asintió, y tras notar como aquel ángel pinchaba su brazo suministrándole lo que podría ser probablemente morfina, solo entonces pudo articular palabra.

—Gracias.

El sanitario sonrió

— ¿Cómo te llamas soldado? — preguntó mientras con cuidado desenrollaba un paquete de vendas.

—Peter.

—Encantado Peter. En unas horas el sol se ocultará así que, cuando lo haga, te sacaré de aquí. Tendremos suerte porque no hay luna llena y esos bastardos no nos verán moviéndonos. Ahora debes recuperar fuerzas para ayudarme en todo lo que puedas.

Peter asintió una vez más, aunque sabía que no estaba todo tan bien como le hacía creer el sanitario. Bajó la mirada hacia su vientre y observó como el uniforme estaba agujereado y bañado en sangre. Esa herida no era buena ni limpia y muchos apreciados compañeros habían muerto por ellas. Resopló a la vez que expulsaba una irónica risa.

—Condenado mentiroso. Todos los sanitarios sois iguales. Intentáis que nos agarremos al más mínimo hilo de esperanza cuando sabes de sobra que probablemente no dure hasta el anochecer.

El sanitario enmudeció mientras seguía preparando vendas para colocárselas. Cuando en silencio comenzó poco a poco a desabrocharle la guerrera, Peter agarró con fuerza una de sus muñecas.

—Si realmente quieres ayudarme, hazlo, pero de otra manera.

Se sorprendió por aquella petición.

— ¿Qué quieres?

—Lo primero, saber tu nombre.

—Me llamo Jonny.

—Jonny. Te pega ese nombre. Pues Jonny, quiero que hagas lo siguiente. Dentro de mi mochila hay una tela enrollada. Protege algo muy importante. Alcánzamelos.

Jonny hizo lo que Peter pidió. Le había quitado la mochila cuando lo encontró inconsciente para poder atenderlo mejor y ahora reposaba a sus pies. Introdujo la mano buscando a ciegas y al notar algo que podía ser aquello que Peter quería lo sacó mostrándoselo. Él asintió al verla. Cuando la tuvo en sus manos la desenrolló con delicadeza y probablemente más de un centenar de cartas cuidadosamente anudadas con un fino hilo aparecieron ante los ojos de Jonny. Impolutas, sin manchas ni dobleces que no fueran aquellas que el afanado escritor de las mismas hubiera

querido realizar.

—Ahora— continuó diciéndole—, en el bolsillo izquierdo de mi guerrera encontrarás una fotografía, ¿podrías sacarla? Cada vez tengo menos fuerzas y me gustaría verla una vez más.

Jonny se limpió las manos de sangre en su propio uniforme y con cuidado introdujo los dedos en el bolsillo. Al dar con ella la extrajo y antes de entregársela no pudo evitar mirarla. Sintió fascinación por la mujer que aquella fotografía retrataba comenzando a sentir lástima por su compañero herido y ya, a sabiendas, moribundo. Giró la fotografía y pudo leer con dificultad un nombre cuya parte final se encontraba borrada por el tiempo o quizás por el desgaste de observarla diariamente bajo las inclemencias de aquellas trincheras. Loren. Le gustó como sonaba el nombre que leía. Con cuidado le ayudó a cogerla poniéndola con suma delicadeza en su mano.

— ¿Tu mujer? Es bella, bellísima. Eres un hombre afortunado Peter. Aguanta. Conseguiré que vuelvas a reunirte con ella. Ya verás.

Peter sonrió.

—No es mi mujer Jonny— respondió.

— ¿Tu novia entonces?

—No, ni mi madre ni mi hermana. No sé quién es.

Jonny no entendía lo que Peter estaba diciéndole.

—No te comprendo. Si no es nadie de esas personas, entonces, ¿quién es? Y todas esas cartas ¿a quién van dirigidas?

Una vez más, Peter volvía a regalarle una sonrisa sin dejar de mirar la foto. Amaba a aquella mujer desde que llegó a su vida.

—Es mucho más importante que esas personas Jonny, porque esta fotografía las representa a todas. Hace unos meses un soldado moribundo me la entregó junto con alguna de las cartas que vistes ahí. A él se la había entregado anteriormente otro compañero caído y a ése otro, y otro. Para unos ha sido su madre, para otros su hermana o mujer. Para mí, fue mi amada, la única persona que he querido en esta vida, en este caótico mundo, ¿pero sabes qué? Para todos, ella ha simbolizado lo mismo, la esperanza de agarrarnos a algo para escapar de esta locura. Sin haber estado con ella recuerdo su mano apoyada en mi brazo mientras paseábamos por París. Recuerdo sus palabras de amor susurradas en mi oído, su pelo rojizo y sus labios. Siempre le decía que cada peca de su cara y que cada mancha que mostraba su piel no eran más que una

apasionante historia. Una historia que había dejado esa fascinante huella en su cuerpo. Recuerdo su sonrisa cuando le pedía que me contara esos secretos, nunca lo hizo. Esas cartas solo tienen un destinatario y ahora eres tú. Dentro encontraras miedos, secretos, pensamientos, amores. Ahora te toca a ti trasportarlos y compartir los tuyos con ella. Será la esperanza que necesitas para salir de aquí. Yo no he podido Jonny, pero tú sí. Lo sé. Tú cara refleja esas ganas de vivir, lo siento en ti.

Le era imposible dar crédito a aquellas palabras. Él estaba allí para salvar las vidas de aquellos que caían heridos, no para salvar los recuerdos y vivencias irreales de los muertos.

—No puedo hacer eso— respondió.

—Jonny, debes hacerlo. Pero no solo por nosotros, sino por ti. Ella te cuidará. Saldrás de esta. Ahora necesito un último favor. No quiero morir con dolores. Deseo caer arropado en sus brazos relajadamente, ella me espera. Por fin estaremos juntos.

Jonny tembloroso y con reticencia accedió a su deseo. Extrayendo del botiquín varias pipetas de morfina se las inyectó. Vio una sonrisa dibujándose en la cara justo al exhalar el último suspiro y supo que por fin se había reunido con ella. Se sentó a su lado y con mimo volvió a enrollar la tela con las cartas introduciéndola en el fondo de su mochila. Después observó detenidamente la foto. Ella le sonreía y en ese momento las palabras de Peter tomaron sentido. No sabía bien el motivo que le llevaba a hacerlo, pero cogió la libreta que siempre portaba consigo y que le servía para apuntar los nombres de los muertos y heridos que atendía. Apoyó la punta del lápiz sobre una de sus blancas hojas y las palabras comenzaron a fluir.

“Querida Loren. Te escribo esta carta porque quería, poco a poco, comenzar a conocerte...”

La voz del sargento le hizo despertar de la historia que le estaban relatando.

— ¡Joder Súlván! ¿Vas a contarle a todos los novatos la misma historia cada vez que caen en tus manos?

— ¿Y qué quiere que haga mi sargento?, entre explosión y explosión es grato hablar con un “Carne fresca”.

“Carne Fresca”, aquella expresión hizo que tragara a duras penas saliva mientras observaba como el sargento se aproximaba a él. Su cara estaba curtida por las inclemencias y presentaba un afeitado perfecto que desentonaba con la suciedad de su uniforme, pero entre tanto barro que

anegaba la trinchera era difícil que nada se mantuviera ni limpio ni seco.

Extendiendo la mano se dirigió a él.

— ¿Sus órdenes cabo?

Con rapidez introdujo la suya en el bolsillo interior del gabán y se las entregó. El sargento las abrió con sutileza, una sutileza extraña para el lugar donde estaban y tras leerla pudo ver como sus ojos se asomaban por el borde del casco y sonrió.

— Un afortunado— dijo

— Disculpe sargento — no entendía aquella expresión.

Dirigiéndose a los soldados que se apoyaban parapetados en las paredes de la trinchera le entregó nuevamente el sobre con las órdenes.

— Muchacho, os presento a un superviviente. El cabo ya no es un "Carne fresca". Va destinado al Sector C.

— Puto afortunado— escuchó sin distinguir bien de qué agrietados labios salieron aquellas palabras.

— ¡No me joda sargento! ¿Cómo va a ser eso? — esta vez sí supo de dónde venía el desacuerdo por su destino. El soldado que le había contado la historia, ahora de pie, se encaraba a pocos centímetros de la cara del sargento.

— Llevo esperando por un cambio de destino un año. ¡Un año encerrado y enterrado en esta cloaca!, ¿y ahora me dice que este "Carne fresca" va a ir al Sector C?

Dándose la vuelta y con furia en sus ojos le preguntó.

— ¿Has entrado alguna vez en combate? ¿Acaso has matado a un maldito enemigo?

Solo pudo negar con la cabeza y tras hacerlo el soldado se encaró nuevamente con el sargento.

— Lo ve mi sargento. Seguro que ni tan siquiera ha disparado nunca su fusil. Solo tiene que ver su uniforme, está impoluto mientras nosotros remendamos todos los días los nuestros o se los quitamos a nuestros compañeros caídos para poder usarlos. ¡No es justo! ¡Maldita sea, no es justo!

El sargento poco a poco comenzó a cambiar el talante de su cara. No le gustaba ni aquella guerra ni las órdenes que recibía ni las que debía dar, pero lo que menos le gustaba era que pagaran su frustración con él los demás.

— Súlván, si no quieres que te arreste por gritar a un superior tuyo, o mejor todavía, si no quieres que te descerraje ahora mismo un tiro en tu puta cabeza por insurrección, aléjate de mí y estate calladito, ino pensé que llegaras a ser tan imbécil! ¿Acaso ves que vista una toga para impartir justicia? Te atreves a hablar de ella, ¿a mí? ¿Sabes cuántos de vosotros veo marchar y venir cada día con cambios de destino? ¿Qué llevas? ¿Un año aquí? Yo llevo desde el comienzo de esta condenada guerra y no me verás llorar como un puto crío porque han destinado a alguien nuevo a un sector mejor. Además, si lo han hecho será por algo. Cabo, ¿de dónde viene destinado? — preguntó sin apartar la mirada.

— De la academia de francotiradores mi sargento.

— ¿Y a quién debe presentarse en el Sector C?

— Al jefe de la unidad de francotiradores.

El sargento volvió a mirar a Súlván a los ojos.

— ¿Sabes quién? — murmuró

Súlván asintió con la cabeza.

— Sonrisa— dijo.

— Así es Súlván... Sonrisa. Entonces, quizás, aquí el cabo vaya a ese sector por algún motivo especial. ¿No crees?

Súlván no respondió y girándose lentamente volvió a sentarse en el embarrado lugar desde donde contó su historia sin evitar exhalar un último murmullo.

— Bastardo con suerte.

Aquellas últimas palabras sonaron como un trueno en el silencio de la trinchera y no fue indiferente para nadie, pero el sargento dio el asunto por zanjado. La tensión de esa maldita guerra era justificable para todo el mundo así que comenzó a caminar por la trinchera mientras haciendo un gesto con la cabeza le ordenó al cabo que le siguiera y así lo hizo.

A medida que avanzaba solo veía desolación. Su uniforme, impoluto a excepción de las botas y los bajos del pantalón que ya comenzaban a fundirse con el arraigado barro, desentonaba con los uniformes raídos,

maltrechos y cubiertos de jirones que mal lucían sus compañeros. Se sentía observado. Las miradas de muchos se perdían en la suya, otras mostraban envidia y muchas ganas de matar a un enemigo que vestía como ellos porque sin saberlo, la mayoría ya sabían hacia donde se dirigían él y el sargento.

¿Lo notas verdad?

¿Perdón mi sargento?

Sus miradas, notas como te hielan la sangre.

No respondió.

No te preocupes, te acostumbrarás.

¿Usted cree? Lo dudo.

El sargento sonrió, aunque no pudo verlo. Sus ojos seguían observando las caras de aquellos que lo estudiaban de arriba abajo mientras se cruzaba a la vez que escuchaba nuevos susurrantes comentarios, algunos maldiciendo su suerte y otros la propia.

— ¿Cómo te llamas muchacho?

—Henry

— ¿Francés?

—Mis padres. Emigraron a nuestro país donde nací yo.

—Regresando a tus raíces. Eso está bien. Espero que no te tengamos que enterrar junto a ellas.

Nuevamente la saliva bajó a duras penas por su garganta tras oír aquel comentario. Él no era partidario de aquella guerra, nadie lo era, pero qué podía hacer para evitarla, nada; solo matar al mayor número de enemigos deseando que sus filas mermaran y así conseguir su rendición, aunque sabía que era una fantasía imposible. Tres años de lucha estancados en las mortíferas zanjas horadadas en la tierra habían conseguido que la guerra se mantuviera en un estatus de inmovilismo total a excepción de las ridículas escaramuzas cotidianas que solo conseguían que el terreno que hoy se ganara se perdiera mañana.

Mañana... cada vez que pensaba en aquella palabra se daba cuenta de lo absurdo de su significado. Nada más pisar la trinchera comprobó que las palabras que había escuchado en la academia eran reales. En el frente, el mañana no existe, todos los días son iguales y la diferencia entre uno y

otro solo estribaba si seguías vivo o no al ponerse el sol, o al salir.

—Sargento, ¿puedo hacerle una pregunta?

— Dispara soldado.

— ¿Por qué Súlvivan actuó de esa manera?

—Por la misma razón que actuarían todos los que te rodean, por sobrevivir, por volver a casa con sus familias, por abandonar este infierno.

—Pero voy a hacer lo mismo que ellos. Matar, esquivar balas y esconderme de la muerte día a día.

Oyó como el sargento reía.

—No muchacho, lo tuyo es diferente. Vas al Sector C.

— ¿Y qué tiene de diferente ese Sector? Según los informes es el que más actividad de combate tiene diaria.

EL sargento no pudo volver a reír.

—El papel lo aguanta todo muchacho. Preguntas ¿qué tiene de diferente ese sector? Por lo pronto tres cosas. La primera es que no recuerdo cuándo fue la última vez que enterraron a alguien allí. La segunda, que parece que la artillería se haya olvidado de aquel lugar recordando en demasía otros muchos y la tercera es Sonrisa.

Otra vez aquel nombre. Cuando se lo escuchó la primera vez, sirvió para dejar zanjada la conversación con Súlvivan y no quería que ocurriera eso nuevamente. ¿Quién era ese tal Sonrisa? No dudo en preguntárselo, al fin y al cabo, aquel hombre iba a ser su jefe.

— ¿Qué quién es Sonrisa? Difícil respuesta. Fue uno de los primeros en llegar con las tropas expedicionarias y fue destinado al Sector C. Yo estuve con él cuando nos mandaron allí. Aquello fue un infierno. Todos los días enterrábamos compañeros, sin excepciones. La artillería enemiga con cada una de sus andanadas nos barría convirtiéndonos en carne de hamburguesa y un buen día ese cabrón, sin saber bien cómo, consiguió cambiar las cosas.

Cuando quiso preguntar qué ocurrió, una lluvia de obuses empezó a caer sobre ellos. No se esperaba aquello y cuando el sargento le gritó que corriera tras él como alma que lleva el diablo no se lo pensó dos veces y lo hizo. Esquivando cascotes, metralla y cuerpos inertes que iban cayendo a su alrededor fueron zigzagueando por los recovecos de aquella

interminable trinchera. Una hora lloviendo muerte, una hora huyendo de ella hasta que de la misma manera que llegó, el horror desapareció. El ruido de las explosiones dio paso al de los quejidos de los heridos que gritaban pidiendo un médico o un cura. Cuando frenó su carrera lo primero que hizo fue ayudar a un joven soldado cuyo brazo derecho había desaparecido siendo recriminado por el sargento.

—No es momento para eso y tampoco eres la persona adecuada. Hay que continuar. Todavía nos queda una hora para llegar a tu nuevo destino y yo tengo que volver con mi sección.

—Pero sargento, este hombre...

La mirada que le lanzó bastó para acallar sus palabras y continuó caminando.

—Lo que usted ordene.

Le sorprendió aquella deshumanizada actitud y más viniendo de un suboficial el cual debería ayudar a sus subordinados, sobre todo si se encontraban heridos, pero pensó en las órdenes que llevaba consigo y recordó lo que le habían enseñado en la academia, "Lo primero y más importante es cumplir la misión". Suponía que le habían asignado para llevarlo hasta el Sector C y quizás no le sería grato hacerlo dejando atrás a sus hombres. Al fin y al cabo, como dijo Súlván, él era el nuevo, "Carne fresca", y no iba a sentir el mismo arraigo que podía sentir por los hombres junto con los que combatía diariamente.

Durante una hora siguieron caminando, y aunque el suelo de tablonés ayudaba a no enterrarse en el barro, este se había adherido tanto a sus botas que le costaba caminar igual que si anduviera hundido en él. Entonces, escuchó el melodioso cantar de los pájaros y al sargento dirigirse a él.

— Bienvenido al Sector C.

2

Caminando metido en el fondo de la trinchera era difícil observar el exterior de ella, pero sí se había dado cuenta de una cosa, el ambiente era diferente y de vez en cuando seguía escuchando los pájaros cantar. El sargento le había dejado un kilómetro atrás, para él, su misión había acabado. Ahora, caminaba por aquella zanja que daba acceso al Sector C, su nuevo hogar durante no sabía cuánto tiempo y pensando en todo aquello se dio cuenta de una cosa, no se había percatado de la ausencia de soldados y tampoco recordaba bien si se había cruzado con alguno

desde que el sargento inició su regreso.

Comenzó a ponerse nervioso, ¿acaso habría podido equivocarse de camino? No recordaba haberse encontrado con alguna bifurcación o desvío, pero tuvo tantos pensamientos durante el trayecto que comenzó a dudar. Entonces decidió que lo mejor sería ver el exterior y apoyando una escalera de madera, de las usadas para que las tropas salieran de la trinchera cuando iniciaban los ataques, comenzó a subir lentamente. Empezó a sentirse nervioso, aunque era normal, su instructor en la academia siempre se lo decía.

— Henry, si no sientes nervios no te quiero aquí. Solo un psicópata estaría tranquilo sabiendo que está en una guerra. Estar nervioso no implica que te tiemble el pulso, y el tuyo deberá estar firme cuando vayas a disparar a tú enemigo. Cuando domines ese momento, la unión del nerviosismo por saber que puedes morir y el control de tu cuerpo porque sabes que debes matar, entonces estarás preparado y te mandaré a cumplir con tu obligación.

¿Qué clase de ser humano podía pensar así? Para su instructor, el paradigma de un buen tirador radicaba en que el soldado sintiera miedo y nervios por sentirse víctima, pero además estar tranquilo por ser el depredador. Nunca pudo entender aquel pensamiento, y aunque consiguió salir de la academia siendo el mejor de los tiradores, jamás había disparado a nadie.

Poco a poco fue asomando la cabeza, lentamente, intentando que su perfil no fuera detectado y cuando el borde de la trinchera llegó a sus ojos, esta le dejó ver lo que había tras ella.

No pudo creer lo que estaba viendo.

Si bien el campo de batalla que se extendía frente a él dejaba ver sus cicatrices, un verde y denso manto de vegetación lo cubría todo. Los árboles, que en otros lugares del frente estaban completamente destrozados, convertidos en astillas y ausente de cualquier sombra que pudiera dar refugio a algún moribundo, allí comenzaban a verse frondosos, y si bien, en la corteza de muchos se tatuaban las huellas de la lucha, eso no les había impedido volver a recobrar la vida pasada. La visión le dejó atónito, tanto, que no se percató de estar volviéndose un blanco fácil para cualquier enemigo, hasta que lo vio y rápidamente se puso a cubierto.

Allí sentado, apoyando su espalda en el tronco de un árbol, un soldado enemigo ojeaba tranquilamente un libro. Le costaba creer lo que sus ojos le mostraban y brotó un nuevo pensamiento. ¿Se habría perdido y sin darse cuenta atravesó las líneas enemigas? No, era imposible. Estaba en el lado correcto, entonces ¿Qué significaba aquello? Sin entender nada de

lo que ocurría encaró su fusil y apuntó al soldado. Era joven, no llevaba puesto el casco que reposaba a su lado y pudo ver que su pelo era tan rubio que podría distinguirse su cabeza a cientos de metros. Ese sería su objetivo, así que apuntó. Su mejilla reposaba suavemente sobre la culata del fusil, respiraba pausadamente recordando todo lo que aprendió en la academia. Aguantó la respiración para evitar que la mira se desviara de la cabeza del soldado que seguía leyendo tranquilamente su libro. Sin duda, la guerra había hecho mella en la mente de aquel muchacho, si no fuera así, cómo podía ser posible que estuviera allí sentado tan tranquilo, ¿dónde pensaría que estaba? Poco a poco comenzó a apretar el gatillo, debía hacerlo suavemente, sin buscar el disparo, que fuera este quien le sorprendiera, pero lo que le sorprendió fue otra cosa.

Escuchó como alguien a sus espaldas acerrojaba un fusil y notó el cañón en su cuello.

— ¿Qué mierda estás haciendo soldado? —escuchó.

Lentamente separó el dedo del gatillo a la vez que se giraba para ver quién le hacía aquella pregunta. Un joven militar, que portaba su mismo uniforme, había separado ya el cañón de él, pero seguía apuntándole.

—Bájate de ahí ahora mismo, qué quieres, ¿liarla?

Henry recriminó la acción del muchacho.

— ¿Liarla?, ¿sabes la pena por amenazar a un superior?

El soldado sonrió.

— Todos los novatos sois iguales. He venido a buscarte y llegas tarde. Anda y sígueme, el teniente te está esperando.

— Antes tengo que acabar un asunto.

Volviendo a encarar su arma apuntó nuevamente al soldado que seguía con los ojos fijos en el libro. Pensó que estaría leyendo y nuevamente aguantó la respiración, comenzó a apretar suavemente el gatillo y notó como caía al vacío. El soldado había propinado una fuerte patada a la escalera y ahora ya nada le separaba de golpearse con los tablones que cubrían el suelo de la trinchera. El ruido seco de su cuerpo al dar con el suelo y el quejido lastimero que exhaló recorrió la zanja.

— ¡Joder!, espero que no le hayas fastidiado la lectura. Anda, levántate y vamos de una vez. El comandante se va a poner hecho una furia como no lleguemos antes de que anochezca, y hoy toca carne y arroz para cenar,

así que andando. Me encanta el arroz.

En el suelo, dolorido, surgió en su interior el deseo de matar a aquel malnacido. Incluso antes que al enemigo, que seguro, tras haberle oído quejarse, habría huido para ponerse a cubierto. Pero qué demonios pudo pasar por la cabeza de aquel malnacido para haber hecho aquello.

— ¡Eh! Maldito hijo de perra. Te vas a acordar de esto. Vas a terminar delante de un consejo de guerra.

—Ya, ya.... —respondió con irritante condescendencia el soldado que cada vez se alejaba más de él. — Ahora lo mejor sería que te pusieras en pie de una maldita vez y empezaras a caminar. ¿Por qué me tocará venir a buscar a todos los novatos? No te preocupes cabo, con el tiempo me lo agradecerás.

¿Agradecerle el qué?, pensó. Lo primero que haría cuando se presentara al comandante iba a ser denunciarlo y pedir que lo arrestaran. Aquella ofensa no iba a quedar sin castigo y a duras penas se levantó. Le dolía todo el cuerpo pero sabía que si caminaba y se iba calentando el dolor iría a menos. Tras cinco minutos haciéndolo en solitario llegó a la par del soldado. Seguía sin ver a ningún otro en aquella trinchera así que no dudó en preguntarle.

— ¿Dónde están todos?

— ¿Quiénes?

— ¿Estás de broma? Los hombres que deberían estar protegiendo esta zona.

—No hacen falta aquí.

Aquella respuesta le extrañó y le resulto inverosímil.

— ¿Están en otro destino?

—Bueno, algo así.

—Pero, ¿y si el enemigo asalta esta trinchera?

—Imposible.

— ¿Imposible?, ¿Por qué es imposible?

— Pues porque nuestras piezas de artillería disparan constantemente esta posición. Todos los días arrasamos el lugar y acabamos con todos. No

necesitamos hombres aquí. Los matamos desde la distancia.

Henry paró en seco. Lo que el soldado decía debía ser una broma. Aquella trinchera estaba intacta al igual que los alrededores y el muchacho al que seguía no le tembló la voz cuando dijo que todos los días convertían aquello en un infierno.

—Pero...

El soldado le interrumpió.

—Haces muchas preguntas, demasiadas, y yo no soy el indicado para darte las respuestas. Cuando llegemos podrás hacérselas todas al Gran Jefe, pero a mi déjame en paz un rato. ¿Te parece...? — le miró haciendo un gesto con la cara acompañada con la mano intentando averiguar su nombre y él se lo dijo.

— Henry. Cabo Henry

— Pues bien Henry. Lo dicho. ¿Qué tal si seguimos caminando en silencio? Cuando llegemos ya tendrás tiempo de hacer todas las preguntas.

Henry asintió.

— ¿Podría al menos saber el tuyo?

— Frank, me llamo Frank.

Durante el camino no volvieron a mediar palabra, simplemente andaban y andaba, serpenteando por aquella trinchera como si estuvieran dando un paseo por una calle cualquiera de su ciudad. Frank nunca agachaba la cabeza cuando la baja altura de los muros la dejaba al descubierto y no entendía por qué. Acaso querría morir aquel desdichado o quizás el enemigo estuviera tan lejos que sabía que ninguna bala podría impactarle. No le preguntó, pero Henry no dudaba en agacharse y protegerse; si aquel necio quería morir no era su problema, además, todavía no había olvidado la jugarreta con la escalera. Deseaba oír una detonación y ver desparramados sus sesos contra los muros de madera. Ya casi anocheciendo escuchó voces y tras girar una esquina empezó a ver soldados. Estaban riendo, comiendo tranquilamente. Se les veía sanos, cuidados, con sus uniformes impolutos, sin manchas. Todos saludaban a Frank a medida que pasaban entre ellos.

Un soldado que rozaba la cuarentena, con una larga barba en la cual reposaban algunos granos de arroz del plato que estaba engullendo se dirigió a él socarronamente

— Si no te das prisa te vas a quedar sin nada. Este es el segundo plato que me he comido. ¿Quizás fuera el tuyo Frank?

Frank sonrió.

— Tranquilo Walter. Si se acaba le pediré a tu madre que me haga la cena. Ya sabes lo cariñosa que se pone cuando le pido algo.

Todos rieron incluso él y continuaron caminando.

El aroma de la zona era agradable, y no solo por la comida. El lugar no olía como las otras trincheras. Aquel olor a humedad, a cuerpos gangrenados por las heridas o por el pie de trinchera allí no se percibía, al contrario. Olía a limpio, olía a vida y no a muerte como en los demás sitios por los que había pasado. Tras pasar varios minutos más caminando entre saludos y chistes con sus compañeros se paró en la entrada de uno de los búnkeres que se excavaban en la tierra y que servían de habitaciones, almacenes o lo que se dispusiera de ellas.

— Hasta aquí llego yo. Dentro te espera el comandante.

Henry asintió y se dispuso a entrar sin antes ser parado una vez más por Frank.

— ¿Quieres que diga que te guarden algo de cena?

—No gracias.

—Perfecto. Si después quieres ir a la enfermería para que te vean el golpe que te llevaste, puedes decirle a cualquiera de por aquí que te indique el camino o pregunta por mí. Soy el enfermero.

Tras eso Frank se marchó y Henry no pudo evitarlo expresarse en voz baja.

—Hay que joderse.

Cuando entró la estancia estaba bien iluminada. Era cómoda. Una gran mesa con extensos planos del frente de batalla la presidía y en un lado, sentado en un orejero de piel y fumando una pequeña pipa, se encontraba su superior.

— Buenas noches mi comandante, si me da...

—Pasa muchacho, te estaba esperando.

Podría tener más de cincuenta años, pero se le veía saludable, rollizo. Su largo bigote con las puntas dobladas sobre si nunca pasarían

desapercibidas para nadie. Los carrillos enrojecidos quizás por alguno de los licores que descansaban en una pequeña mesa al lado del sillón podían ser el culpable de aquel color. Todo estaba limpio, igual de limpio que su uniforme y que todo lo que había visto hasta ahora.

— ¿Una copa hijo? — dijo levantándose mientras cogía un vaso vacío de la mesita.

—No gracias señor, no bebo.

—Buena costumbre, continúe así. Entonces, usted es el nuevo tirador que nos mandan. ¿Es bueno?

—Supongo que sí, señor. Fui el primero de mi promoción.

— ¡Excelente! — gritó con efusividad— Debe saber que al Sector C solo vienen los mejores. Tenemos mucho trabajo por aquí y la guerra no tiene pinta de que acabe pronto. El enemigo siempre está pendiente de nuestros movimientos y a la mínima ¡Zas!, uno menos.

—Lo entiendo Señor.

— ¿Lleva consigo sus órdenes?

— Sí — respondió a la vez que las buscaba.

—Tranquilo, no quiero verlas. Mañana se las entregará a su jefe de sección. ¿Lo conoce?

Con un gesto negativo respondió.

—No señor. El sargento que me trajo parte del camino dijo que se llamaba Sonrisa.

El comandante sonrió.

—Bueno, no es su verdadero nombre, pero sí, es él. Mañana cuando amanezca búsquelo y preséntese.

— ¿Podría decirme dónde encontrarlo mi comandante?

—Ni idea. Por eso le dije que lo buscara. Él está siempre de un lado a otro. ¿Acaso no es esa una de las funciones de un tirador?, el no estar dos veces en el mismo sitio.

Henry no pudo hacer otra cosa sino asentir.

—Pues ya está. Cuando se despierte lo busca y si no lo encuentra pregunte hijo, pregunte. Ahora retírese y vaya a comer algo. La cena de esta noche está deliciosa.

—A sus órdenes, pero antes de irme quisiera comentarle otra cosa.

—Soy todo oído. Dígame.

—De camino hacia aquí detecté a un enemigo. Estaba tranquilamente leyendo bajo un árbol así que me dispuse a eliminarlo.

El comandante ya no solo lo escuchaba atentamente, sino que sus ojos se habían fijado en él sin apartar la vista, sin tan siquiera para pestañear.

— ¿Y qué ocurrió?

—El soldado Frank lo impidió. Golpeó la escalera a la que me había subido consiguiendo que me cayera y que el enemigo huyera.

— ¡Maldita sea! —gritó, provocando que aquella reacción produjera satisfacción en Henry. No podía permitir que la acción quedara sin castigo, se lo había advertido y la disciplina estaba para algo, si no, de qué servía.

—Por un momento me había llegado a asustar. Debo recordar felicitar a Frank. ¡Buen muchacho!, hice bien en enviarlo a su encuentro.

Henry estaba atónito.

—Perdón mi comandante, no entiendo. Ese soldado impidió que acabara con un enemigo.

El comandante anduvo hasta su sillón y mientras se sentaba, cogiendo nuevamente el vaso que había dejado antes a medias, se dirigió a Henry.

— Un hombre que blande un libro nunca puede ser un enemigo, si me dice que portaba un fusil, todavía lo entendería, pero ¿un libro? ¿Y por qué demonios quería matar a Klaus? ¿Acaso no le gusta la literatura o es que le amenazó con tirárselo a la cabeza? Si es verdad que un libro grueso podría haberle hecho algo de daño, pero...usted sabe que un libro no es un arma, ¿verdad? Eso se lo enseñaron en la academia, ¿no es así? Bien es cierto que alguno, en las buenas manos de un erudito sí podría serlo, aunque ese ya es otro tema. Podríamos hablarlo en otro momento. Ahora márchese, no quiero más sobresaltos. Casi mata a Klaus, válgame Dios.

Aquello era surrealista. Su superior le estaba recriminando por intentar matar a un enemigo y estaba seguro de que a Frank le impondrían una medalla por malograr su intento. Haciendo ademanes con la mano, el comandante repitió la orden para que se retirara y tras ponerse firme y

saludarlo salió de la estancia. Seguía sin entender qué había ocurrido allí dentro y alcanzado por el olor a comida llegó hasta otro búnker excavado donde en la puerta, un cartel de madera anunciaba se encontraban las cocinas. Cuando entró se encontró a Frank sentado en una larga mesa de madera con varios soldados más.

— Coge algo de comida y siéntate con nosotros Henry. Después, si quieres, te llevaré hasta tu cama, dormimos en el mismo búnker.

— Genial— murmuro mientras iba hacia el lugar donde el cocinero le esperaba junto a dos grandes marmitas.

— En esta hay arroz y en esta carne. ¿Quieres de ambas?

Asintió mientras cogía unos de los platos de metal depositados frente a ellas y se lo acercó. Dos grandes cucharones colmaron el plato. Realmente la comida se veía deliciosa y ya habían pasado varias horas sin llevarse nada a la boca.

—Henry ven, no te hagas de rogar— escuchó nuevamente decir a Frank.

Suspirando dio media vuelta y se dirigió hacia la mesa para sentarse al lado de él.

—Te va a encantar la comida. Tenemos a los mejores cocineros de toda la fuerza expedicionaria, ya verás.

Henry no contestó y se llevó una cucharada a la boca. Las palabras de Frank eran ciertas, la comida estaba realmente buena, es más, hacía mucho tiempo que no comía algo tan bueno, incluso durante el tiempo que estuvo en la academia.

— ¿Todo bien con el Gran Jefe?

Con la boca llena solo pudo murmurar afirmativamente mientras gesticulaba con la cabeza.

— Seguramente le habrás contado al viejo el pequeño incidente de la trinchera, pero debía hacerlo. No podía permitir que mataras a Klaus.

Henry tragó mientras los demás escuchaban la conversación.

— ¿Y por qué demonios no iba a matarlo? Es un enemigo como los miles que hay al otro lado, ¿no es así? ¿Entonces?

—No vas a matar a una persona simplemente porque sea tu enemigo.

Aquella respuesta le cogió de improviso y solo pudo preguntar quién era Klaus y por qué era tan importante como para no matarlo.

— No tengo ni idea de quién es Klaus, nunca he hablado con ese “cabeza cuadrada”.

Henry comenzaba a enfadarse y se notaba en el creciente tono de su voz.

—Esto es una locura. Si no lo conoces y es nuestro enemigo, ¿por qué me impediste matarlo? No lo entiendo

— Joder Henry, pues porque nunca me ha hecho nada y además estaba leyendo un libro. Siempre está leyendo un libro, por el amor de Dios. No se mata a la gente así por que sí. Somos soldados y no asesinos.

Henry dejó la cuchara en el plato y se giró hacia Frank.

— ¿Y cuál es la diferencia?

—La diferencia es que Klaus vive y que mañana volverá a leer.

Henry no le respondió, en silencio volvió a coger la cuchara para continuar comiendo. ¿Qué demonios pasaba con aquella gente? La guerra debía haberlos vuelto locos a todos.

Tras acabar la cena Frank le llevó hacia el barracón excavado bajo tierra donde dormiría con él y otro medio centenar de hombres. Como los demás sitios en los que había estado esa noche, aquella estancia estaba igual de impoluta que todas las demás, su camastro era mullido y la manta olía a nueva. Fran, acostado en la cama de su derecha leía una carta.

— ¿Tu mujer?

— Mi madre. Me cuenta que una de nuestras vacas ha tenido un ternero y que en la granja está todo bien.

—Me alegro, esto...—Henry quería preguntarle un par de cosas, pero viendo la reacción que tuvo de camino hacia aquí dudaba si hacerlo.

— ¿Qué quieres saber?

Eso era lo que estaba esperando.

— ¿Cómo es posible que esté todo así?

— ¿Qué quieres decir?

—Joder, está todo impoluto. Aquí todo huele a limpio y en perfecto estado, hasta la comida está buena. Además, todavía no he escuchado ni un disparo o explosión desde que llegué. Ni uno solo. En otros lugares lo difícil es escuchar el silencio durante un minuto.

Frank le miró sonriendo.

—Bueno, podría decirte que somos buenos limpiando y arreglando, pero aquí las cosas van a otro ritmo, ¿me entiendes?

—No.

Frank rio.

—Tranquilo, ya lo entenderás. Ahora lo mejor será descansar. Mañana será un largo día para ti, tienes que presentarte a Sonrisa. Duerme, ya tendrás tiempo de darte cuenta cómo funcionan las cosas aquí. Todo a su tiempo.

Cerrando los ojos Frank dejó de hablar y Henry pensó que lo mejor sería hacer lo mismo. Quizás, aquello fuera realmente un sueño y que cuando despertara lo haría nuevamente en la realidad de la guerra. Una realidad llena de muerte y desesperación, de gritos y lamentos y no de risas ni enemigos leyendo tranquilamente libros bajo un frondoso árbol.

3

Un disparo le sobresaltó arrancándole del profundo sueño en el que estaba sumido. Al mirar hacia su alrededor no vio a nadie en los camastros y poniéndose las botas todo lo rápido que pudo cogió su fusil y salió del refugio. Era probable que aquel disparo anunciara un ataque y la falta de soldados en las camas lo confirmaba. Cuando salió del bunker el sol le cegó momentáneamente y cuando sus ojos iban recuperando la visión escucho una voz.

— ¿Dónde va tan rápido cabo?

Varios soldados delante de él barrían pausadamente el piso de tablones de madera.

— ¿Acaso no habéis escuchado un disparo? ¿Nos están atacando?

Las risas inundaron aquel trecho de trinchera.

—Tranquilo cabo. Nadie nos ataca. Es Sonrisa que probablemente le esté

dando vacaciones a alguno de los de enfrente.

— ¿Sonrisa? ¿Dónde está?

El soldado a su lado, extendiendo el palo de la escoba, señaló un lugar.

—Puede que esté en aquel pequeño montículo de allí delante. Solo tiene que seguir recto y creo que lo encontrará. Pero sea rápido. Después de cada disparo se mueve a otro lugar.

Tras escuchar eso Henry comenzó a correr como alma que llevara el diablo. No sabía bien el motivo del por qué lo hacía. No les estaban atacando y por lo que veía, allí todos se estaban tomando la guerra de una manera particular. Cuando se acercaba a su destino una voz le hizo parar.

— No tan rápido Henry, ya no estoy allí.

Henry paró en seco y girándose hacia el origen de la voz lo vio por primera vez.

Sentado frente a él, sobre una pequeña caja de madera, su mirada se mantenía fija sobre la taza de metal que humeante portaba en su mano. El olor a café delataba su contenido, un olor aromático y suave que una vez más entonaba con todo lo que allí le rodeaba pero que se encontraba fuera de lugar si lo comparaba con el día a día de otras trincheras donde el olor era muy diferente. Tras darle un sorbo a la taza alzó la cabeza y pudo verle bien. Sus ojos eran profundos, oscuros. Tan profundos y oscuros que le parecía estar mirando un pozo, aunque no causaban temor sino una extraña tranquilidad. Poseía una nariz bizarra y tapaba su cabeza con un gorrillo de lana del mismo color que el uniforme, cubriendo su cara con una larga y cuidada barba negra en la que asomaba alguna que otra cana. Como todos los del lugar llevaba el uniforme impecable, sin manchas ni suciedad. Alargó la mano que sostenía la taza y le ofreció.

— ¿Quieres café Henry?, es bueno para empezar la jornada.

Henry aceptó el ofrecimiento y buscó en su bandolera la taza para llenarla de una cafetera que reposaba sobre un pequeño hornillo. El primer sorbo le supo a gloria. Al igual que le ocurrió en la cena, aquel café era realmente bueno.

—Escuché un disparo.

Metiendo la mano en un saco pegado a su pierna derecha extrajo de él una liebre.

— Mi almuerzo de hoy. ¿Te desperté?, si es así lo siento. A mí tampoco me gusta despertar con sobresaltos.

—No es ningún problema. Sería extraño no levantarse así cuando estás metido en una guerra.

Sonrisa le miró dando otro sorbo a la taza.

—Creo que eres el nuevo tirador.

Respondiendo afirmativamente sacó una vez más las órdenes de su gabán y se las entregó. Sonrisa abrió el sobre y comenzó a leerlas.

—Vaya, primero de la promoción, notas de tiro excelentes e incluso el viejo Charlie manda referencias sobre ti.

— ¿Lo conoce?

— ¿Cómo está? ¿Sigue con sus rimbombantes discursos sobre el dominio de las sensaciones para lograr ser un buen tirador?

Henry rio escuetamente.

—Sí, creo que en eso no ha cambiado. ¿Fue su instructor?

—No, yo nunca fui a la academia. Mi academia fueron los montes y salir a cazar con mi abuelo y mi padre cuando era crío.

— Entonces, si no es indiscreción, ¿de qué lo conoce?

Sonrisa se levantó mientras sacudía las gotas de café que le quedaban en la taza para después guardarla en una pequeña mochila que acto seguido alojó a su espalda.

—Fui su instructor.

Henry se sorprendió por aquello. Charlie era bueno, realmente bueno y si había aprendido de aquel hombre entonces Sonrisa debía de ser increíble con el fusil.

— Me lo enviaron hace un par de años para que le instruyera y por lo que veo, ahora él te ha enviado a ti.

Le molestó escuchar eso.

—Con todos los respetos, yo ya estoy instruido.

—Bueno, eso todavía tenemos que verlo. Ahora acompáñame, vamos a dejarle este regalito al cocinero.

Caminó tras él por el laberíntico entresijo de trincheras comprobando que todo aquel con el que se tropezaba dejaba al instante cualquier cosa que estuviera haciendo para en silencio saludarlo marcialmente. Él, respondía a todos y cada uno de los saludos, y Henry se sintió intrigado por una cosa, sin miramientos le preguntó.

— Veo que todos le saludan, pero no distingo su rango. ¿Cómo debo dirigirme a usted?

—Lo primero que tienes que hacer es tutearme y puedes dirigirte a mí como lo hacen todos.

— ¿Llamándole Sonrisa?

—Si todos lo hacen, ¿por qué tú no?

—Pero tendrá usted...perdón, tendrás un rango.

—No, nunca lo he tenido. Bueno, a excepción de soldado raso, ¿te vale ese?

Henry se sorprendió. Sonrisa era jefe de la unidad de tiradores aunque decía ser un soldado raso como los miles que había en el frente y eso era imposible.

—Se está riendo de mí, ¿verdad?

—No.

—Un soldado no puede ser el jefe de una unidad de tiradores, por Dios bendito, eso significaría que yo, siendo cabo, estaría bajo las órdenes de un subordinado.

—Si eso te hace sentir incómodo podemos hablar con el comandante y que sea él quien decida qué hacer.

¿El comandante?, pensó. Teniendo en cuenta lo acontecido la noche anterior y como lo recriminó cuando le dijo que no pudo matar a Klaus, por su cabeza rondaron posibles escenarios de lo que ocurriría si se presentase para contarle también aquello.

—Mejor será dejar fuera de esto al comandante.

—Soy de la misma opinión. El viejo ya tiene cosas en las que pensar y papeles que rellenar como para ir a molestarle en su ajetreado día a día y

preguntarle quién debería estar al mando de la unidad. Tiene bastante trabajo con la guerra que tenemos montada aquí.

¿Guerra? Volvió a sentir que Sonrisa se reía de él. Aquello parecía más un campamento de verano como los que iba cuando era niño que a un campo de batalla, y a excepción del disparo que acabó con la vida de la liebre que ahora llevaban a la cocina, no se había escuchado nada más en toda la mañana.

Tras entregársela al cocinero continuaron la marcha sin que Henry supiera bien el destino.

— ¿Ahora a dónde vamos?

—Voy a llevarte al inicio de esta trinchera.

— ¿Al inicio?

—Todas las cosas tienen un inicio y un final, y el inicio de esta trinchera comienza aquí, a apenas un kilómetro.

Henry sintió curiosidad. Sabía que el Sector C se encontraba en la parte occidental del conflicto, pero pensaba que no estaría tan ubicado en el lado oeste del mismo; y aún le extrañó más que Sonrisa le dijera que ese era el lugar, pues siempre escuchó que fue y seguía siendo la zona más belicosa de toda la guerra. Caminaron casi un kilómetro hasta que Henry escuchó un sonido que le era familiar.

— ¿Es...?

—Sí, el mar.

Cuando llegaron al final de la trinchera, esta acababa en el borde de un alto acantilado. Allí, un soldado hacía guardia y cuando vio a Sonrisa le saludó.

— ¿Como llevas la mañana?

El soldado sonriendo le saludó.

—Bien, como todas, ajetreada. Ya sabes.

— ¿Qué tal si vas a tomarte un café caliente? Ya me quedo yo por aquí con el nuevo. Tengo que enseñarle un par de cosas.

El soldado miró de arriba abajo a Henry.

— ¿Un nuevo tirador?

Sonrisa asintió.

—Debe ser bueno para que te lo hayan enviado.

Otra vez aquella coetilla que daba por sentado que sería bueno sin tan siquiera haber usado el arma.

—Lo envía Charlie.

— ¡Vaya!, pues debe estar orgulloso. ¿Cuánto hace que no tenemos otro tirador por aquí? Casi un año, ¿no?

Sonrisa volvió a asentir y sin mediar más palabras el soldado comenzó su marcha. La idea de tomarse un café caliente en lo que estaba siendo una fresca mañana le parecía de lo más atractiva y si Sonrisa ocupaba durante un tiempo su puesto no iba a menospreciar la ocasión.

Henry lo vio marchar y cuando se alejaba se dirigió a Sonrisa.

— ¿Cuántos somos?

— ¿En el Batallón?

—No, en nuestra unidad. ¿Cuántos tiradores somos en nuestra unidad?

—Uno

Henry se sorprendió

— ¡Uno!

—Bueno, realmente eso es lo que significa unidad.

— ¿Entonces estás diciendo que soy el único tirador?

—No, —sonrió— estoy diciendo que yo soy el único tirador. Aunque ahora que has llegado las cosas cambian. ¿Cómo se llama una unidad de dos?

Henry se mantuvo en silencio mirándolo.

—Tranquilo— Sonrisa no pudo evitar reírse—, es una broma. Ahora mismo la unidad solo somos dos. Tú y yo, así que cuanto antes empiece contigo antes podrás empezar a realizar tu trabajo.

Henry volvió a sentirse molesto. Él ya estaba preparado para comenzar a

realizarlo y no dudó en decírselo.

— Una vez más, y con todos mis respetos, debo decirte que...

— Ya lo sé. Que estás más que preparado para hacerlo, pero siento decirte que no. Aquí las cosas no son como te han enseñado y si te han enviado a este lugar es por algo especial. Pronto sabrás el motivo. Ahora mira al frente y dime qué ves.

Henry giró su cabeza y observó las líneas enemigas. Apreció como dos enemigos conversaban tranquilamente sentados al borde del acantilado mirando el mar. Cogió su fusil y a través de la mira telescópica que poseía comprobó cómo se pasaban el uno al otro un cigarrillo mientras dialogaban. Puso el dedo en el gatillo y apuntó a la cabeza desposeída de casco del más próximo.

— ¿Lo tienes? — preguntó sonrisa

—Sí —afirmó con contundencia.

— ¿Has comprobado la distancia?

Separando levemente la cara de la culata miró la graduación de su mira.

— Está perfecta.

— ¿Y el viento?

—La brisa es leve, no se desviará.

—Perfecto, entonces ahora, déjalo en paz.

Henry creyó haber escuchado mal.

— ¿Cómo?

—Que separes el dedo del gatillo. No vas a dispararle.

Henry apartó nuevamente la cara del fusil. Su mente era reacia de hacer lo mismo con el dedo que seguía reposando en el gatillo. Incluso así, sin apuntar, sabía que le daría de lleno. Comenzó a enfurecerse.

— ¿Pero qué demonios pasa aquí? Es la segunda vez que alguien evita que mate a uno de ellos. ¡Joder!

Con rabia lanzó el fusil a un montículo de tierra próximo a él. Sentía frustración y no sabía que estaba ocurriendo. Enfadado fue hacia Sonrisa

y a pocos centímetros de su cara frenó.

—Explícame por qué ese enemigo sigue vivo. Explícame por qué ayer no pude matar a un tal Klaus y explícame qué está ocurriendo aquí.

Sonrisa expresó un atisbo de sorpresa.

— ¿Quisiste matar a Klaus? Pero qué te ocurre, ¿no te gustan los libros?

Enfurecido aún más por aquella respuesta que tanto le sonaba comenzó a maldecir mientras propinaba patadas al aire en el vano intento de placar su desesperación. Cuando llevaba un buen rato oyó las palabras de Sonrisa.

—Cuando vistes tu objetivo solo vistes eso. Un enemigo, un objetivo que abatir. Pero no te distes cuenta de nada más.

Girándose hacia él, con los brazos pidió rabioso una respuesta.

— ¿Qué tendría que haber visto?

Sonrisa miró hacia el soldado que seguía junto a su compañero fumando.

—A una persona que simplemente comparte un cigarrillo mirando el mar. Te has fijado que ni tan siquiera lleva su arma. Que está tan despreocupado de lo que pasa que su casco descansa a su lado. Que simplemente fuma junto a un compañero mirando el mar. ¿Te has parado a pensar de lo que estarán hablando?

—Estás loco, todos están locos en este maldito lugar!

—Loco estás tú que ni tan siquiera te importó poder interrumpir su conversación.

Henry volvió a quedarse en silencio unos segundos.

—Esto es una guerra, ¡joder! Me estás diciendo que no puedo matar a ese tipo, que ni tan siquiera conozco, porque está entablando una conversación con otro.

—Exacto. ¿Desde cuanto no hablas tranquilamente con alguien?, de lo que sea.

Henry seguía sin entender nada.

—Imagínate que estuvieras tranquilamente hablando conmigo y ¡bang!, de buenas a primera, oscuridad. Dejando la conversación a medias, sin poder terminarla. O que estás leyendo un libro y alguien te impide poder

acabarlo.

Henry lo miró.

—Debo estar soñando.

—Ojalá, pero. Aun así, estate tranquilo.

— ¿Cómo puedo estar tranquilo cuando el enemigo está ahí enfrente dispuesto a matarme? Un enemigo que no dudaría en acabar con mi vida sin pensarlo.

— ¿Y eso cómo lo sabes?

— ¡Porque es el enemigo, maldita sea!

Sonrisa le miró fijamente.

— Entonces, dices que un enemigo no dudaría en matarte.

—Por supuesto.

Sonrisa rio levemente.

—Llevas al descubierto, a tiro de sus fusiles, desde que te dio la pataleta y ni te has dado cuenta. No has parado de hablar y gesticular y te has convertido en un imán de sus balas y aquí sigues.

Henry horrorizado abrió los ojos mirando al frente y observó cómo varios soldados enemigos le miraban. Se dejó caer al suelo para evitar que lo mataran y se mantuvo a refugio pegado a la pared. Su corazón latía desbocado. ¿Cómo pudo haberle pasado aquello? Estuvo a punto de que lo mandaran al otro barrio sin tan siquiera darse cuenta y pensó en lo ridículo de aquella situación.

— ¡Joder!, ¿Por qué no me avisaste?

—No hacía falta.

— ¿Qué no hacía falta? Casi me matan.

Sonrisa se sentó a su lado.

—Eso no hubiera pasado. Estábamos hablando y ellos nunca hubieran interrumpido una conversación al igual que tú no la interrumpiste antes.

Aun temblando, Henry se incorporó para sentarse también. En silencio se mantuvo mirando hacia el mar. Estaba tranquilo, mucho más tranquilo

que él.

— ¿Quién te dijo que los de ahí enfrente eran el enemigo?

Henry no contestó. Pensaba en la respuesta. Estaba claro que aquellos soldados eran el enemigo. Así se lo habían dicho. Ellos atacaron los intereses de su país, atacaron a sus aliados, mataban a sus compañeros, entonces, estaba claro quiénes eran.

—Henry, estamos luchando en una guerra mandados por personas que nunca hemos visto y por intereses que en la mayoría de los casos no son ni los nuestros. Nos hemos creído lo que nos han contado los de arriba. Dicen que ellos son los malos, que nos robarán nuestra identidad, violarán a nuestras mujeres e hijas y matarán a nuestros hijos. Acabarán con todos nosotros y ¿sabes qué? Desde que lucho en esta guerra nunca he visto en los ojos de quienes he abatido una expresión de odio, al contrario, solo he visto terror y miedo a morir sin saber el por qué.

Aquellas palabras le hicieron pensar. Si las hubiera escuchado de boca de otra persona no dudaría en tacharlo de traidor pero la manera de como las expresó Sonrisa le evocaba otro sentimiento, y no sabía cuál.

— ¿Te han contado alguna vez el cuento de Caperucita?

— ¡Ay Dios!, no me digas que tú también me vas a contar una historia.

Sonrisa, sonrió.

Cayó con tanta fuerza sobre su espalda que notó como el impacto expulsó el poco aire que le quedaba en los pulmones. La lucha había sido desigual y brutal. Antes de iniciarla tenía la clara convicción que iba a vencerle, ni tan siquiera pensó que le costaría hacerlo. Ella le había contado como conseguir arrancarle la vida con suma facilidad, prácticamente sin dolor, sin sangre, pero se equivocó. Derrotado y con el cuerpo dolorido ahora la suya brotaba de las incontables heridas que le había proporcionado la que creía su presa. Se erguía delante de él, majestuoso, sin un arañazo en su cuerpo, y afianzando con fuerza en una de sus garras, lucía el hacha que le había arrebatado durante la lucha. Lo odiaba y realmente no sabía bien por qué. Su cuerpo y mente le pedían morir para acabar ya con el horrible dolor que había poseído su cuerpo y gritó exigiéndoselo.

— ¡Acaba ya conmigo mala bestia! Al menos, ten algo de dignidad y honor. Evítame ya este sufrimiento.

Erguido e impertérrito le miró de arriba abajo. Sus ojos no mostraban el odio que sí reflejaban los suyos, al contrario, mostraban pena y no sabía bien el motivo. Alzó la mirada y con fuerza titánica arremetió contra su cabeza. El final que rogó había llegado y por fin el dolor desaparecería. Se

equivocó. El ruido de la gruesa hoja clavándose contra el suelo rozando su oreja y notar que aún respiraba le hizo abrir lentamente los ojos. Lobo le daba la espalda mientras con la cabeza levemente girada hacia él le acechaba.

— ¿Quién ha sido? — preguntó con una voz que haría temblar incluso al cazador más osado. El leñador solo guardó silencio. No tenía que responderle, ni tenía ni quería. Eso podría ponerla todavía más en peligro y era lo último que deseaba.

—Ha sido ella, ¿verdad?

Siguió manteniéndose callado mientras le miraba fijamente provocando que la ira se hiciera dueño de él. Abalanzándose sobre su casi inerte cuerpo enfrentó la cara a la suya mostrándole aquellas fauces que podrían destrozarle sin que nadie en ese momento pudiera evitarlo a la vez que un terrible gruñido le hizo ensordecen.

—Si ya sabes quien ha sido, entonces no entiendo por qué me preguntas.

Lobo se retiró lentamente, desafiante.

—Maldito estúpido.

—Prefiero ser un estúpido antes que un asesino como tú— le respondió intentando darle a sus palabras un tono de desprecio pero su agotado cuerpo casi se lo impedía— Un ser despreciable que usa el miedo para sus objetivos. Un ser sin escrúpulos, sin corazón.

Dándole nuevamente la espalda Lobo exhaló un suspiro de resignación.

—Siempre igual— dijo lamentándose— Una cría con capucha os cuenta su historia y no dudáis en creerla, pero ¿acaso has buscado o interesado por la verdad?

El maltrecho leñador, intentando sentarse sin lograrlo y tras resoplar de dolor le respondió.

— ¿La verdad? Dudo que seas tú quien la posea.

—Tampoco preguntaste por ella, o por lo menos no a mí. Te limitaste a esperarme agazapado tras el tronco de un árbol con el fin de arrancarme la vida simplemente guiándote por las palabras de una chiquilla orgullosa y enferma por la que en más de una ocasión casi doy la vida. Pero no, siempre es más fácil creer las palabras de las personas que a uno le interesan sin preocuparse por la veracidad de lo que dice. ¿Alguna vez te

has preguntado cuantas verdades hay?

—Para una bestia como tú, que se rige por salvajes instintos animales, supongo que solo una, la suya propia. ¿No es cierto? —terminó preguntando irónicamente.

Con resignación, tras escucharle, Lobo solo pudo gesticular ligera y negativamente con su cabeza.

—Te atreves a llamarme bestia aludiendo a tu supuesta humanidad como si eso fuera algo superior, pero te equivocas. Verdades hay muchas y dime ¿quién eres tú para decidir cuál es la única? Ella tiene su verdad, pero yo tengo la mía. Incluso tú, ahí postrado y malherido por la que crees es la verdad, tiene la suya al respecto, ¿y sabes qué? Irónicamente, cualquiera que supiera de la situación tendrá la suya. Hay tantas verdades de una misma cosa, idea o situación como personas que la escuchan o ven. ¿Acaso sabes lo que sufrí? No tienes idea de las veces que la ayudé y protegí poniendo mi vida en juego y todo por el amor y su aparente fragilidad. No, no tienes ni idea. Escondido, solo querías mi sangre porque te la pidió, aunque es tan sutil y sibilina que quizás ni lo haya hecho y con sus palabras y lamentos tú mismo pensabas que eso era es lo que quería. Pobre iluso. Pero te entiendo porque yo era igual. Por ella hice cosas de las que ahora me arrepiento y me odio y odian por ello. Sí, infundí terror a todos en este bosque porque ella se sentía insegura y amenazada cada vez que lo atravesaba, pero esa inseguridad no existía, todo era una mentira. Tan solo quería sentirse poderosa y notar el miedo de todos cuando ella pasaba sabiendo que allí estaba yo para lograrlo. Me maldigo por lo que hice, pero nunca dañé a nadie aunque sé que miento.

— Mientes y es verdad. La dañaste a ella y casi acabas con la vida de la persona que más amaba en este mundo.

Nuevamente otra sonrisa irónica acompañada por aquel bamboleo de negatividad de su cabeza hizo aparición en la figura de Lobo.

—Una vez más te equivocas. Nunca toqué a ninguna de ellas dos. Ni a ella ni a la anciana. Las amaba, en momentos, más que a mi propia vida y cuando te digo que miento en el daño que hice me refiero al que incubé en la mente de todos los habitantes de este bosque. En el terror que hice que la tuvieran y todo por amor. Me odio por eso.

—Ella cuenta que la anciana en su agonía dijo que fuiste tú.

—Y la creíste.

El leñador silenció la respuesta mientras sus ojos comenzaban a reflejar

una pequeña duda. Lobo sonrió al verlos.

—Conozco ese sentimiento que tienes, la duda. Yo lo tuve cuando comencé a escuchar. Cuando me paré a pensar y pregunté ya cansado por qué todos la atemorizaban. Quería saber el motivo...

Lobo enmudeció y bajó la cabeza. Notó la pesadumbre en su cuerpo una vez más a la vez que los recuerdos volvían a su cabeza.

—No los había. Nadie en este bosque tenía motivos para dañarla, nadie hasta que ella los creó manipulándome contra los demás. Fui un necio estúpido al igual que lo has sido tú ahora. Sabes que podría haberte matado en el primer envite, pero no lo he hecho. Quería que me oyeras porque ni durante la lucha mientras esquivaba tus lances has querido hacerlo. No me diste otra opción que herirte, aunque tranquilo, no morirás.

— ¿Y debería agradecerte que no me hayas matado?

Lobo se giró e hincó una rodilla cerca de él mirando fijamente a sus ojos. Apoyando una zarpa sobre el pecho del leñador hizo que notara su calor. Él lo sintió agradable, tranquilizador.

—No, al contrario. Debo ser yo quien te agradezca que me hayas escuchado lamentando que haya sido en esta situación. Ninguno de los tuyos ni de los suyos, incluido tú, lo ha hecho aunque yo se lo rogara. Ahora, quizás, tras escucharme pueda cambiar algo. Yo he rogado por mi perdón a aquellos a los que dañé pero no busco que tú ni los tuyos busquen el mío. Solo quiero me escuchen y luego si quieren juzgarme, lo hagan.

El leñador se había mantenido en silencio mirándole atento a sus palabras. Pensaba en lo que le había dicho y en la pequeña semilla de duda que ya había brotado y crecía y crecía. ¿Se habría equivocado en todo aquello? ¿Estaría odiándole solo por el mero hecho de que otra persona lo hubiera pedido sin tan siquiera decirlo?

Empatizar hacia la que siempre había visto como una pequeña y delicada cría quizás había conseguido que sintiera odio por alguien que quizás no lo mereciera y sintió vergüenza de si mismo. Sacando fuerzas de donde casi no tenía movió su dolorido brazo a fin de tocar el que aún se mantenía sobre su pecho dándole calor y reconfortándole. Lobo observo su acción y comenzó a sentirse igualmente reconfortado, tranquilo. Quizás por fin todo cambiaría pero un estruendo y un terrible dolor en el mismo brazo que esperaba el contacto amigo le hizo volver a la realidad. La realidad de una presa que va a ser capturada.

Alzó la vista apretando con su zarpa sana la herida y vio como un grupo de cazadores se aproximaban a la carrera. Una nueva lluvia de balas cayó sobre él pero esta vez la fortuna le sonrió. Bajó un segundo la cabeza esbozando una ligera sonrisa.

—Alégrate leñador, te recuperarás. Tu ayuda ya está cerca.

Intentó responderle pero fue en vano. Antes de que otra salva impactara contra los árboles que les rodeaban Lobo ya había huido. Escuchó el correr atropellado de botas y como se frenaron frente a él. Una voz resoplante se dirigió a él. Su tono intentaba ser calmado pero la adrenalina que le producía la caza y el olor de la presa herida se lo impedía.

—Ya estás a salvo—le dijo— No te preocupes. La niña nos avisó y también nos ha contado todo lo que ha ocurrido. Las maldades del lobo y como habías venido a finalizar con su terror. Ahora debes estar tranquilo, nosotros le perseguiremos hasta acabar con él.

Tras finalizar de hablar, aquel eufórico cazador intentó levantarse pero el malherido leñador agarró el pecho de su camisa evitándolo. Notó como la fuerza de su brazo le atraía hacia su cara y dejó de oponerse a ella. Bajó la cabeza hasta la suya y escuchó su susurrante voz.

— ¿Y si esta vez escucháramos al lobo?

El cazador, extrañado, giró la cara observándolo sin entender aquella pregunta mientras el leñador, sonriente tras su reacción, siguió hablando y le contó.

Cuando Sonrisa acabó la historia continuó hablándole.

—Yo era como ese cazador. Nunca dudé de ni una de las palabras que me habían dicho sobre ellos y cuando llegué aquí, sin aun haberlos visto, ya deseaba matarlos. Desde que tuve la oportunidad comencé a realizar el trabajo para el que nos habían preparado.

Henry quiso saber más.

— ¿A cuántos has matado?

Sonrisa, sin dejar de mirar al mar, le respondió.

—Solo a uno.

Debía estar bromeando una vez más.

— ¿Solo a uno? Eres el tirador con más bajas confirmadas de todo el frente y dices que solo has matado a uno. Claro. Si no quieres decirme la verdad lo entiendo, quizás para ti no debe ser fácil llevar esa carga, pero...

—Ni para mí ni para nadie. La muerte de una persona no es peso fácil de llevar sea quien sea y ya te lo he dicho, solo he matado a uno de ellos. El primero de todos y el último.

—Entonces, ¿por qué dicen que eres el...?

— ¿El que más bajas contabiliza?, pues por eso. Porque son bajas, no muertes y el papel...

—El papel lo aguanta todo...ya he oído eso antes.

Quería preguntarle por aquel soldado que según él había sido el único pero antes de hacerlo, Sonrisa se lo contó.

— Cuando desembarcamos llegamos a esta posición bajo el fuego de las ametralladoras y las piezas de artillería que lo barrían todo. Caíamos como moscas, sin un lugar donde refugiarnos, así que decidimos avanzar. Conseguimos atrincherarnos en un gran socavón creado por las explosiones y cuando salí para comenzar el asalto me di de bruces con él. No sé bien ni cómo ocurrió, solo sé que cuando me di cuenta mi bayoneta estaba clavada en su pecho y después cayó de espaldas embadurnado en sangre. Cuando fui rematarlo para continuar me miró, no vi temor ni horror en su mirada, sino una expresión de no entender aquello y le escuché. "¿Por qué?", me preguntó. Y sin saber bien el motivo le dije que todo era culpa suya, que solo él era el culpable de aquella guerra, de la muerte de los míos y sabes qué, me miró sonriente y antes de exhalar me dijo "Lo mismo me contaron a mí". Y allí me quedé, de rodillas, viendo como respiraba por última vez pensando en aquella maldita frase llena de verdad, "...lo mismo me contaron a mí". Es curioso, nunca me planteé si lo que nos decían era verdad, simplemente les creí. Creía a aquellos que se hacían llamar salvadores de la patria, los que nos contaban del horror que el enemigo creaba, pero nunca averigüé la verdad.

—Estás diciendo que ellos, los lobos, ¿son realmente buenos?

Sonrisa suspiró.

—Buenos o malos, ¿qué diferencia ahí? O ¿quién puede distinguir esa diferencia? Ellos están ahí por la misma razón que nosotros, pensar que son los buenos. Es curioso ver como una cosa tiene dos puntos de vista según desde el lado del que se mire.

Una tercera voz les interrumpió. El soldado que hacía un tiempo habían mandado a tomar café había regresado.

— Ya estoy aquí. No hay nada como un café mañanero para despertar el alma. Gracias.

Sonrisa, levantándose le respondió.

—No hay de qué, ahora es nuestro turno. Así que disfruta de las vistas que ahora nosotros disfrutaremos del café.

Henry hizo lo mismo. Levantándose, comenzó a seguir a Sonrisa que ya había puesto rumbo hacia el campamento principal. Cuando se acercó, este se dirigió a él.

— ¿Has aprendido algo?

—Pues para serte sincero, estoy abrumado y no sé qué decirte.

Sonrisa se paró y girándose le miró directamente a los ojos.

—Primera lección, nunca se dispara a nadie que esté conversando. Si hablas y dialogas, vives.

Henry asistió.

4

Una semana había pasado y en ninguno de esos siete días pudo hacer uso de su fusil. Cada vez que se percataba de un objetivo, este estaba entablado una conversación con alguien o leyendo un libro y cuando amaneció ese día se percató de algo que sin saber por qué no se había dado cuenta antes. En todo el tiempo que había estado allí no se había emprendido ningún enfrentamiento con el enemigo. No se oían disparos, ni la artillería enemiga abría fuego sobre sus posiciones, lo único que cambiaba en el paisaje es que cada vez había más pájaros cantando, flores y hierba brotando por todos los lugares. Llegó a pensar si estaba muerto. De hecho, pensó que había muerto de camino hacia aquella trinchera y que aquello sería una especie de extraño paraíso para soldados donde no se moría y se degustaba buen café.

De pronto un disparo sonó y todos los hombres se parapetaron en la trinchera asomando las cabezas. Henry hizo lo mismo y vio horrorizado como Sonrisa salía de la misma a unos pocos metros de él y con paso calmado se acercaba al frente enemigo.

Henry montó su arma y apuntó en aquella dirección a la espera de atisbar algún tirador enemigo que quisiera matarlo, pero nuevamente la voz de

Frank sonó en su oído.

—Tranquilo novato, suelta el arma. Esta vez no estás sobre una escalera de la que caerte, pero no dispaes. Sonrisa solo va a revisar el disparo.

Lo miro deseando una respuesta.

— ¿Revisar el disparo?

Frank asintió.

— Observa.

Con paso lento pero decidido y con el fusil terciado a la espalda, Sonrisa ya estaba a la mitad justa de las dos trincheras y allí frenó su andar. Al momento, un oficial enemigo, que casi rebasaba en dos cabezas la altura de Sonrisa, apareció. Era grande como una montaña y tomando el mismo paso se dirigió a Sonrisa. Cuando llegó a su altura se quitó el guante de cuero negro que llevaba en su mano derecha y se la ofreció. Sonrisa le saludo apretándola con fuerza como si saludara a un amigo.

— ¿Qué tal está? — preguntó Sonrisa.

— Feliz, lo envías a casa probablemente dos o tres meses.

— Espero que no le doliera mucho.

— Al contrario, fue un tiro perfecto en el hombro donde apoyaba el fusil. Me ha dicho que te de las gracias y esto.

El oficial metió la mano en su largo abrigo gris y la reacción asustó tanto a Henry que volvió a apuntarle con su arma.

—Tranquilo Henry. Observa.

Una tableta de chocolate surgió de las entrañas del uniforme.

—Se la acababa de mandar su madre y quiere que la degustes tú. Dice que ahora podrá durante una temporada tomarlo sentado junto a ella, así que...

Sonrisa la cogió y la guardó en un bolsillo de su abrigo.

—Esta vez casi lo conseguís vosotros, le faltó un poco de rapidez.

—Eso me ha dicho. Vio como uno de los tuyos apuntaba pero dice que ni

te vio venir. Eres difícil de pillar Sonrisa.

No pudo evitar reír.

—De eso va todo esto.

El oficial rio también.

—De eso y de regresar a casa.

Sonrisa suspiró.

—Llevas mucho sin ir.

El oficial golpeando el guante contra el otro que mantenía puesto suspiró también.

—Desde que empezó esto.

—Podría hacer que te dieran un permiso.

Mirándole no pudo evitar esbozar una sonrisa.

— ¿Te imaginas?, estaría bien. Volver a ver a mi mujer, jugar con mis dos hijos.

— ¿Cuánto tienen ya?

—Seis y siete años. No los he visto desde que empezó todo esto, solo por fotos. Pero si los viera en persona porque tú haces que así sea mandarían a otro en mi lugar y probablemente todo esto cambiaría.

Sonrisa asistió.

—Lo sé y lo siento.

Tras ponerse el guante nuevamente agarró con firmeza y cariño el hombro de Sonrisa.

—Tú no tienes la culpa de nada de esto. Ni tú, ni yo ni nadie de los aquí presentes. La tienen esos malditos viejos peleados con otros viejos que nunca han visto y que mandan morir a jóvenes que nunca verán crecer. Pero es la vida que nos ha tocado vivir. Al menos aquí la hacemos más llevadera.

Dándose la vuelta comenzó a caminar hacia la trinchera de donde había emergido dándose una vez más la vuelta cuando Sonrisa, silbándole,

llamó su atención. Sacando un paquete del abrigo se lo lanzó.

—Café— le dijo —Disfrutadlo a nuestra salud.

Oliendo profundamente sonrió.

—Así lo haremos amigo. Vamos a ver quién es el afortunado la próxima vez.

Cuando Sonrisa regresó, Henry le estaba esperando.

—No digas más. Quieres saber qué demonios ha ocurrido.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Sacando la tableta que momentos atrás le habían dado, le ofreció un generoso trozo.

— ¿Chocolate?

Henry no dudó en cogerlo. Estaba succulento y juntos comenzaron a caminar adentrándose en un pequeño bosque tras su posición. A Sonrisa le gustaba pasear por allí, le recordaba su tierra, el olor de los pinos le relajaba y cuando llegaron frente a uno cuyo tronco era mucho más ancho que los demás se paró y extrajo de su funda la bayoneta. Henry observó como el árbol mostraba cientos de muescas en su corteza, no eran profundas, aunque sí lo suficiente para que se notaran y Sonrisa comenzó a tallar una más.

— ¿Qué son?

—Son cada uno de los soldados que he herido.

La mirada de Henry se perdía entre tanta muesca. Aquel tronco estaba lleno de ellas, tantas que le parecía increíble que hubiera conseguido tantos.

— ¿Quieres decir que aquí están todos los que has eliminado?

—No, aquí están todos a los que he abatido. Ya te dije que solo he matado a uno de ellos y ese no está aquí.

Aquello le extrañó. En aquel mural de trofeos debería estar su primera muerte. Si fuera su caso la tendría pero Sonrisa no había hecho una marca por él. Durante un instante le pareció una falta de respeto hacia otro guerrero.

—Su muesca está en otro sitio.

Aquello, si no tranquilizarle, sí mostró que Sonrisa era un soldado con honor.

— ¿Dónde?

Con la punta de la bayoneta Sonrisa señaló su corazón.

—Aquí. Él fue el principio de todo esto. Se merece un lugar mejor. No recuerdo las caras de muchos de estas muescas, pero siempre recordaré la de aquel hombre y como me miró.

Enfundando la bayoneta se sentó apoyándose en el tronco del árbol, sacó otro trozo de chocolate y lo mordió. Desde donde estaban veía el mar, se mantenía tranquilo y de vez en cuando se notaba la espuma de pequeñas olas reflejadas en su superficie.

—La cosa funciona así Henry. Segunda norma, nunca disparamos a la cabeza.

No sabía bien el motivo pero aquello no le sorprendió. Después de ver la conversación que mantuvo con el oficial enemigo sabía que lo mejor era dejar de sorprenderse por cualquier cosa que viera.

— ¿No dices nada?

Henry levantó los hombros.

— ¿Qué quieres que te diga? No puedo disparar a enemigos que estén dialogando entre ellos, a ninguno que estén leyendo libros y ahora me dices que una de las principales normas, que es confirmar una muerte con un tiro en la cabeza, tampoco puedo hacerlo. Sinceramente, llevo una semana aquí y creo que nunca acabaré con nadie.

— ¿Tantas ganas tienes de matar?

No sabía qué responder. No quería matar a nadie, nadie quiere la muerte de otra persona, sin embargo, él era un soldado y se supone que están para eso.

— ¿Qué es revisar el tiro?

—Confirmar que no ha muerto.

Pensó que no se sorprendería más pero se equivocó otra vez.

—Vaya, que detalle por tu parte. Disparas a un enemigo y luego te interesas por su estado.

Sonrisa dio otro bocado al chocolate.

—Siempre sé que no le he causado la muerte. Simplemente voy y me preocupo por su estado, si le dolió, si está bien. Lo normal.

Mirándole Henry no pudo evitar reír.

— ¿Lo normal? ...Claro, preocuparse por el enemigo es lo normal en cualquier guerra, disculpa.

—Si me preocupo por ellos me estoy preocupando por los míos. ¿A cuántos heridos hemos atendido o a cuántos entierros has ido desde que estas aquí?

Henry sabía que a ninguno y pensándolo ahora le resultaba curioso.

— Un momento, entonces ellos también siguen todas las normas.

—No te dispararon cuando estabas hablando aquel día que quedaste al descubierto, ¿verdad? Y si te fijas— dijo señalando hacia las trincheras— Ninguno de los de ahí abajo lleva puesto un casco o se preocupa en protegerse la cabeza tras un parapeto si queda al descubierto.

Y tenía razón. Nadie allí abajo se preocupaba por quedar al descubierto y pululaban tranquilamente de un lado al otro en sus quehaceres. Ni tan siquiera el comandante, que fumando relajadamente su pipa, se mantenía al descubierto a expensas de ser presa de cualquier tirador, incluso hasta del más inexperto, pero claro, estaba leyendo un libro.

Henry murmuró una leve risa.

— Entonces, ¿qué ganamos aquí?

Sonrisa suspiró.

—En una guerra nadie gana y por mucho que nos quieran hacer creer lo contrario, todos pierden. Si no ahora será a la larga y por eso intentamos que al menos, en este lugar, sea diferente. Aquí, ambos bandos ganamos algo.

— ¿El qué?

—Volver a casa, vivos, aunque sea solo por una temporada. Cuando disparo sobre uno de ellos lo hago a sabiendas que no morirán y eso es realmente lo difícil de hacer Henry. Disparo a las manos cuyos dedos

están apoyadas en los gatillos, a los hombros que asientan sus fusiles. Solo les hiero, les inutilizo, nunca los mato.

—Sigo sin saber qué ganamos con ellos.

—Continúas sin darte cuenta. Ganan volver a ver una vez más a sus familias, sus mujeres, sus hijos, sus padres y madres; a sus amigos de la infancia. Vuelven como héroes con una medalla colgada en su pecho a sabiendas que podrían estar muertos si lo hubiera deseado y lo más importante es que vuelven con ganas, no de matar, sino de devolverme el favor. Ellos ganan vida y yo la gano para los nuestros. No son malas personas, son como nosotros. Personas que creían que los de enfrente eran el problema, el enemigo a batir y luego, cuando ven las cosas como son, que no todos somos malos pues...creo incluso que alguno de ellos daría la vida por uno de nosotros.

Henry rio desafortadamente.

— ¡Claro!, es lo más seguro. De hecho, creo que yo haría lo mismo. Dar la vida por uno de esos que me tienen en el punto de mira día sí y día también. Por mucho que me quieras hacer creer lo contrario son el objetivo por batir. Han acabado con miles de los nuestros, son seres sin compasión y se merecen lo que les pase. Merecen morir.

Sonrisa volvió a mirar el mar.

—Hace tiempo tuvimos con nosotros a un soldado que era pescador. No sé bien cómo se las apañaba, y menos viendo los acantilados que nos bordean, pero todas las mañanas aparecía con pescado para la cocina. Una noche, junto a una lumbre le escuché contar una historia que ocurrió en una isla que estaba en el atlántico, era española dijo.

—En serio Sonrisa, no entiendo porque aquí os ha dado a todo el mundo por contar historias. El aburrimiento es quien os matará y no el enemigo.

Laura tiene diez años, pero aun así, y desde hacía uno, día tras día, recorría los cuatro kilómetros que separaban su pequeño pueblo pesquero majorero hasta aquella recóndita, minúscula y casi perdida cala. Allí la esperaba siempre la única amiga que tenía.

El pueblo donde vivía no solo era pequeño, sino viejo. Pero no lo eran sus casas que se mantenían siempre cuidadas con mimo por sus residentes ni sus arenosas calles, lo eran sus habitantes; ancianos pescadores que en muchas ocasiones ya ni salían a la mar para recoger sus frutos. Laura llegó hace dos años junto a sus padres cuando emigraron desde el interior de Fuerteventura. A su padre la hambruna y la sequía le obligó a cambiar su profesión, de labrador a pescador, sin embargo, a Laura aquella idea la maravilló. Nunca había visto el mar y desde la primera vez que lo vio se

enamorado. Cuando estaba en calma salían a pescar juntos y observaba las olas que con delicadeza se batían contra el casco de su pequeña barca. Jugaba con su espuma, hablándolas bajo la mirada sonriente y cariñosa de su padre. Adoraba ver como su hija reía, pero la vida cambió y aquel día se tornó diferente. Las olas jugaban con ella balanceando el barco mientras pescaban hasta que una fuerza salvaje y destructiva les hizo volcar, hundirse. Esa no era una ola como las demás, no se divertía con ella; la arrastraba hacia el oscuro fondo del mar junto a su padre y cuando notó que sus pulmones no podrían aguantar más la respiración algo la rescató de aquel mal que la ahogaba.

Era su nueva amiga, la amiga con la que ahora jugaba todos los días. La protegía, pescaba por ella y cada mañana le daba lo que necesitaba. Su madre entristecida no pasaba hambre. Solamente le preguntó una vez quién le daba esos peces y ella respondió que su amiga, la que la salvó de ahogarse. Su madre solo le sonrió con ternura.

Cuando Laura llegó a la cala la llamó como todas las mañanas y como siempre, ella apareció. Pequeña, calmada, juguetona. Una ola que nunca sobrepasaba sus tobillos pero que la hacía flotar y nadar tan rápida y ágil como un delfín. Una ola que aun siendo de bonanza consiguió arrebatársela de la fuerza mortal de aquella hermana asesina que le despojó de su padre.

—Debes recordar siempre lo que te he dicho.

—Lo sé—asintió ella—, nunca entrar en el agua sin ti. Siempre debo llamarte.

—Así es. Ella sigue buscándote y todas las mañanas acecha en la playa del pueblo. Observa las pocas barcas que aun salen a pescar. Tiene la esperanza que vuelvas a subir con alguno de esos viejos pescadores a faenar y entonces, te atrapará.

Laura se entristeció al igual que le ocurrió días atrás cuando su amiga volvió a recordarle las normas.

—No estés triste. Ahora estamos juntos.

Con su pequeña mano, Laura acarició la calmada superficie del agua.

— ¿Por qué quiere matarme? Yo nunca le he hecho nada malo. Jugaba con vosotras desde la barca de papá. No lo entiendo. Siempre he sido buena.

La ola tardó en contestarle. Laura nunca le había preguntado el por qué una de sus hermanas se llevó a su padre y quiso hacer lo mismo con ella. Sabía que tarde o temprano lo haría y sabía que costaría hacerle entender

la razón.

—No todas somos iguales Laura. A semejanza de las personas, las olas son todas diferentes y muchas de ellas no ven o no quieren ver las diferencias que también existen entre vosotros. Algunas son tan viejas como estas islas. Golpean sus costas incluso antes de que tú, tu padre o tu abuelo hubierais nacido. Incluso antes que nadie empezara a habitarlas. Muchas están enfadadas.

— ¿Conmigo? —Laura se asustó apartando ligeramente la mano del agua, pero al momento volvió a acariciarla.

—No Laura, contigo no, con todos. Ven como muchos de los tuyos contaminan el mar destruyendo a sus habitantes, cazándolos indiscriminadamente, arrasando sus fondos mientras los demás simplemente miran sin hacer nada. Impasibles a tanta desolación. Por eso están enfadadas y arremeten contra todos sin tener compasión por nadie.

—Pero...tú eres diferente.

—No tan diferente Laura. Yo fui como ellas, sin embargo aprendí la esencia real de las personas y a diferenciarlas. Por eso sabía que tú y tu padre erais buenas personas; desgraciadamente no llegué a tiempo para salvaros a los dos.

Sin más, el caos surgió de la nada cercenando su conversación y la palabra traidora resonó entre las paredes verticales de la pequeña cala. Laura sintió como la arrebataban de la orilla con saña. Intentaba ponerse en pie pero le era imposible. Algo la arrastraba mar adentro sin poder remediarlo hasta que notó un fuerte choque de olas y se vio libre de ataduras. Atisbó la pequeña superficie de una roca que sobresalía del mar y con dificultad nadó hacia ella. Cuando logró subirse entendió lo que ocurría. Ambas hermanas luchaban por su vida, una para salvarla y la otra para arrebatársela.

— ¿Cómo has podido traicionar a los tuyos? Proteger a quienes nos dañan, no eres digna de ser de los nuestros.

—Te equivocas. Laura es diferente. Tu odio no te deja ver más allá del mal que muchos de los suyos nos han infligido, pero no, ella no es así. No le quitarás la vida a alguien que nunca nos ha dañado. Es injusto.

— ¿Injusto? Tú no sabes lo que es o no es justo, aunque si sabrás lo que es justicia. La justicia por traicionar a los tuyos, la justicia por intentar que prevalezca su mal y no evitarlo. La justicia que yo me ocuparé en otorgarte.

—Una vez más te equivocas.

La voz de su amiga sonó triste y resignada. Igual que la de una persona que ya sabía el desenlace de aquel momento. Un desenlace que no sería feliz porque, aunque ganara, algo se perdía. Se sentía malherida, vapuleada por su hermana, y sin embargo, aun así, seguía en la lucha. Mirando como Laura se aferraba con sus pequeñas manos a la roca supo qué tenía que hacer.

—Laura — le dijo—, recuerda que puedes ser mejor que los tuyos. Demuéstralo. Hazles comprender que al igual que nosotros no todos sois iguales.

La pequeña escuchó a su amiga y vio como cogiendo fuerzas se dirigió al precipicio que bordeaba la cala. Su hermana la seguía más furiosa todavía por su huida, pero no huía, buscaba acabar con aquello una vez por todas. Sin temor arremetió con fuerza contra la pared vertical del precipicio, tanto, que se estremeció de tal manera que una gran roca se desprendió comenzando a caer sobre ella; sobre ella y sobre su hermana que también había hecho lo mismo golpeándola nuevamente contra la fría piedra.

—Esta es la justicia que te prometí.

Dolorida sonrió a su hermana.

—Y esta es la paz que yo te regalo.

La enorme roca cayó sobre ambas atravesándolas haciendo que desaparecieran entre la espuma y tras el estruendo llegó la calma.

Laura se mantuvo allí esperando. Quieta sin moverse para que el día se hiciera noche y después volviera a amanecer, pero su amiga no apareció. Cuando las fuerzas se le escapaban escuchó un lejano chapoteo de remos entrando con suavidad en el agua. Vio a Pedro, el anciano pescador con el que tantas veces había compartido aquellos peces que su amiga le dio. Él conocía las olas, su secreto. Cuando no apareció supo dónde buscarla. Se lo dijeron.

—Sube— le dijo—, mamá está triste, te espera.

Laura le obedeció y sentada en la popa del barco vio como pequeñas olas chocaban contra el estribor de la barca y comenzó a jugar con ellas.

—Pedro, ¿podría salir a pescar contigo?

El viejo pescador no pudo evitar sonreír antes de responderle.

—Ellas lo están deseando Laura. Lo están deseando.

Henry miraba perplejo a Sonrisa mientras este se levantaba rumbo nuevamente a la trinchera.

— Un momento, ¿qué insinúas? Me comparas con una ola capaz de matar a sus propios hermanos, ¿solo por rabia?

Le escuchó reír alejándose para luego volver a oírle hablar.

—No, solo pretendo que alguna vez llegues a ser el amigo de esa niña.

5

Dos semanas con aquellos soldados habían relajado su ser, eso y que al ver imposible cumplir las normas impuestas ya solo se limitaba a observar e intentarlo de vez en cuando acabando todos los intentos siendo infructuosos. Tenía la sensación de que llegado el momento, manejaría mejor la escoba con la que a menudo y por aburrimiento barría, que su propio fusil.

En cambio, Sonrisa seguía en su línea. Al final de la semana había enviado a tres soldados de permiso y con cada revisión, Sonrisa siempre regresaba con un presente. El que más impactó a Henry fue el tercero de ellos. Cuando estaba esperando en la imaginaria frontera que separaba aquel campo a la mitad, todos vieron como el oficial ayudaba a subir por la trinchera a un joven soldado. Caminaba recto, orgulloso y parecía lucir con honor el vendaje ensangrentado que portaba en su hombro derecho como si fuera una medalla. Cuando estaban a la mitad pudo ver como el oficial se dirigía a Sonrisa realizando las presentaciones entre ambos. Sonrisa alargó su mano izquierda para estrechar la que aún tenía sana aquel imberbe soldado pero este la rechazó y directamente lo abrazó. A través de su mira telescópica pudo leer como de sus labios salía la palabra gracias mientras Sonrisa con una mano le daba ligeros golpecitos en la espalda y mantenía la otra en su cabeza. El soldado había empezado a llorar.

Aquella imagen le resultaba melancólica. Sonrisa trataba a sus objetivos compasivamente y no creía que él pudiera hacerlo nunca, no estaba en su mente poder hacer eso. Sería la instrucción o quizás la educación que le habían dado desde pequeño. Recordaba a su padre decirle en incontables ocasiones que la venganza era un plato que debía tomarse frío y pausadamente y quizás por eso se hizo tirador. Lo suyo era tomarse el tiempo preciso para matar al enemigo y hacer con calma, sin que lo esperara; aunque allí, aquello era imposible.

Al finalizar la semana sintió curiosidad por una cosa, ¿cómo era posible

que la artillería nunca barriera la zona?

Frank le respondió a eso.

— Al comienzo costó que no lo hicieran hasta que Sonrisa dio con la solución.

— ¿Cuál?

Frank sonrió.

—Mentir como un bellaco. Le dijo al comandante que falseara los planos y que hiciera creer a los de arriba que estábamos tan próximos a sus trincheras que si disparaban la artillería nos matarían a nosotros también. Luego, un par de informes falsos con bajas infringidas por nuestra propia artillería debido a su ineptitud al apuntar, algún grito que otro del comandante por teléfono y desde entonces para el alto mando nosotros nos matamos, hipotéticamente, solo a tiros.

— ¿Y ellos?

—Tuvimos suerte con el oficial que los dirige. Cuando las bombas dejaron de caer sobre ellos, Sonrisa cogió un paño blanco a modo de bandera y ondeándola salió hasta la mitad del campo. Él hizo lo mismo. Estuvieron hablando casi una hora pensando que en cualquier momento una bala lo mataría y algo fantástico ocurrió. Se dieron la mano, cada uno regresó por donde vino y los suyos dejaron de bombardearnos también. Ese oficial calcó la maniobra que nosotros habíamos hecho

—Ingenioso, pero a pesar de lo que dices, ¿nunca ha venido nadie a confirmarlo?

— ¿Quién iba a venir? ¿Crees que un oficial remilgado estaría dispuesto a recibir un tiro para verificar que lo que atestigua otro oficial como él es verdad o mentira? Nunca ha venido nadie, ni vendrán. Sonrisa se ocupa de eso por un lado y el comandante con los informes falsos por otro. Sabes, soy el enfermero en este destacamento, estaba cansado de recoger heridos y ver como morían en mis manos. Cuando dejó de suceder me alegré. Creo que nunca fui tan feliz como el día que las bombas dejaron de caer. Ahora me limito a curar algún balazo en un hombro o en una mano y firmar la herida en los papeles del comandante para que la gente tenga su merecido descanso.

—Solo por eso podrían tacharos de traidores.

A Frank no le gustó aquella aseveración.

—No somos traidores Henry. Acaso no estamos donde deberíamos estar.

—Sí, pero...

—Pero qué. Quizás creas que seré mejor militar por dar mi vida pero lo primero que tiene que hacer un soldado es protegerla. Saber que tiene que volver a casa y defender a los tuyos.

— La defensa empieza aquí Frank.

—Te confundes, la defensa empieza en los despachos de aquellos que nos enviaron a este lugar; y ellos no tuvieron eso en cuenta. Si no lo hicieron en su momento tendremos que hacerlo nosotros ahora.

—Eso es egoísmo. En otras trincheras están muriendo tus compañeros por avanzar todos los días un centímetro y acabar de una vez con esto, el cambio aquí...

Frank enfurecido le interrumpió.

— ¿Egoísmo? Intentas decirme que soy egoísta porque elijo vivir antes que morir como hacen otros. No te confundas amigo, eso no es ser egoísta, es elegir el camino que cada uno quiere seguir. Sería egoísta si dejara escapar mi vida por una estupidez. Sería egoísta conmigo mismo si no me permitiera volver a ver a mis seres queridos, sería egoísta conmigo mismo si entregara mi vida por los intereses de otros a los que nunca he visto sin tener en cuenta los míos, egoísta sería no cumplir los sueños que tengo y que tendré. Para ti es egoísta que otros mueran mientras yo vivo, te equivocas, no tiene nada que ver. Yo no elegí venir aquí, nos obligaron como a muchos mientras los que lo hicieron están a miles de kilómetros disfrutando de sus familias, sus sueños sus vivencias. Deja la psicología barata Henry, aquí no te valdrá. Si quieres ser un héroe fusil en mano quizás este no sea el lugar para conseguirlo. No todos queremos medallas en nuestro pecho, preferimos llevar las fotos de nuestros seres amados y pensar que vamos a volver a verlos.

Henry se quedó sin palabras, no sabía que responderle y se arrepintió de lo que había dicho pero no pudo excusarse. Frank ya se había dado la vuelta desapareciendo por una de las esquinas de la trinchera y aunque quiso seguirle sus piernas no le obedecieron, quizás pensaran que ya había metido bastante la pata como para empeorarlo aún más.

Cuando la noche se hizo y tras la cena, los soldados solían reunirse alrededor de la lumbre para hablar y aunque a Henry no le apetecía mucho tampoco quería irse a dormir. En una de aquellas lumbres, con otra veintena de soldados, estaba Frank, y sintió la necesidad de ir con ellos. Todos reían, contaban chistes y Henry quiso hacer una pregunta entre risa y risa. Había notado un extraño aroma y sintió curiosidad.

Cuando preguntó que era aquel olor todos se callaron y comenzaron a oler.

— Huele a canela. Mierda, algo malo va a pasar.

La cara de todos comenzó a desencajarse y notó como el ánimo decreció en apenas un segundo.

Henry no pudo evitar querer saber más.

—Un momento, ¿por qué va a pasar algo malo?

Mike, un soldado fuerte, con espaldas anchas al que siempre veía arreglando la trinchera y excavando habló con un tono que no le gustó nada. Notó temor.

—Porque la muerte huele a canela. Ese olor dulce lo posee todo cada vez que alguien va a morir.

Henry no daba crédito a sus palabras y un soldado sentado a su derecha se dirigió nuevamente a Mike.

—Cuéntaselo Mike.

Elf, para muchos un extraño nombre, pero para aquellos que le conocían era sin duda el que mejor podría irle con su forma de ser. Aquella amiga suya escocesa no dudó en ponérselo nada más conocerlo. Le veía como un duende juguetón, risueño, con ganas de vivir y acertaba. Trasmítía aquella locura a quien quisiera tomarla como un regalo y no le importaba nada. Quería vivir, gozar, exprimir hasta la última gota de la esencia que poseía la vida. Una y otra vez repetía las mismas palabras a todo aquel que le preguntaba.

— ¿Por qué debo preocuparme por el mañana? Imagina que un día despierto, es el último de mi vida y no lo sé. Que me atropellan, o que una maceta me cae en la cabeza o me atracan y acaban conmigo. O peor, ¿y si no despierto? No amigo mío. Hay que vivir todos los días como si fueran el último. Si supiera que me quedaban veinticuatro horas de vida ibais a alucinar. La fiesta sería brutal, memorable. Pondría patas arriba el mundo entero.

Esa mañana de viernes una extraña sensación le hizo despertar, un aroma suave y dulce que nunca había olido antes fue quien lo hizo. Se sentó en la cama posando ambas plantas de los pies en el suelo de la habitación y apretó su cabeza apoyando los codos en las rodillas con el fin de apaciguar el dolor producido por la resaca.

Pero el dolor no estaba ahí.

—Vaya, por una vez creo que anoche no mezclé tanto como pensaba. O eso, o mi hígado está acostumbrándose ya a todo. ¿De dónde demonios vendrá ese olor?

Una dulce voz, tan dulce como aquel exótico aroma sonó suavemente en su oído.

— ¿Despierto ya?

No pudo evitar sonreír al escucharla y ni tan siquiera la había visto todavía. Otra noche de fiesta que había acabado con una mujer en su piso sin acordarse de nada de lo sucedido. Decidió hacer lo de siempre, llamaría a la empresa diciendo que estaba en un atasco, así le prepararía un buen desayuno. Era importante quedar como un caballero, quizás podría quedar esa noche nuevamente con ella.

Nunca había que perder oportunidades.

Giró lentamente la cabeza, quería darle al momento un toque de película, un toque especial. Mirarla, sonreír y soltar alguna frase como “ya estoy aquí, te quedan solo dos deseos” o “nunca pensé que podría despertarme junto a un ángel”, o tantas y tantas que formaban parte de aquel, a veces, patético repertorio pero que le funcionaban.

Esa vez no.

Una figura vestida con una larga capa negra que cubría su cabeza con la capucha de la misma se postraba sentada a su lado. Se asustó, y mucho. Tanto, que saltó de la cama para acabar resguardado entre la mesilla de noche y la esquina de la habitación. Sintió miedo, mucho miedo. El dolor del golpe contra el mueble y la pared le hizo saber que realmente estaba despierto mientras el terror seguía inundando cada rincón de su cuerpo hasta que de aquella negra figura volvió a emerger la misma voz mientras una frágil mano se alargaba hacia él con los dedos abiertos mostrando su palma.

—Tranquilo Elf.

— ¿Tranquilo?— pensó— ¿Cómo iba a estar tranquilo?

Abrir los ojos y ver aquella figura sentada a su lado. Sentir pavor al verla sin saber bien por qué. No poder articular ni un sonido y tener la cabeza tan colapsada por la situación que no podía ni pensar que significaba todo aquello. Y ahora, lo que fuera eso que estaba delante de sí, le decía que estuviera tranquilo. Le habló sin gritarle, no quería enfadarle, aunque su cuerpo necesitara hacerlo para expulsar todo lo que tenía dentro. Se dio

cuenta que cuando le dijo que se calmara su cuerpo lo había hecho a expensas de su propio deseo de conseguirlo.

— ¿Quién...? ¿Quién eres? Dime que anoche dormimos juntos y que me estás gastando una broma, de mal gusto, por cierto.

La figura rio también con dulzura dejándole aún más fuera de lugar. No era compatible aquella imagen de terror con esa voz y risa. No entendía nada.

— ¡Ay Elf! Duermo contigo cada noche y convivo contigo cada día. Sé de todas tus experiencias, las he hecho mías y me caes bien. Realmente eres peculiar. Me he reído mucho con tus ocurrencias. ¿Sabes? Creo que aquella vez que cogiste un avión para embarcar en el siguiente con aquella muchacha, solo por tener una hora más para hablar con ella y conocerla, fue una de las mejores ocurrencias que has tenido. Reconozco que te luciste. ¿Qué fue lo que le dijiste al verla?, ¡Ah, sí! Recorrería medio mundo solo por estar contigo un segundo. Que mono. No entiendo que ocurrió después contigo.

Elf no pudo evitar que sus ojos se abrieran como los de una lechuza que busca en la noche el camino para volar sin miedo a golpearse.

—Pero... ¿quién eres?— preguntó con un tartamudeo que casi le impedía hacerlo.

Y otra dulce risa sonó.

—Hablas de mí cada día. A todos comentas que si supieras la fecha en la que yo apareciera, si la supieras, entonces pondrías patas arriba el mundo entero. Pues bueno, aquí estoy Elf, soy tu muerte.

No pudo articular palabra. Ahora que la tenía delante de él no sabía qué decir ni hacer. No, aquello debía ser una broma. Seguro que se había acostado con ella y se la estaba jugando con aquella pesada jugarreta. Pero, ¿cómo sabía lo de aquel viaje? Lo más probable es que una vez más se hubiera ido de la lengua entre copa y copa.

—En serio, ¿quién eres?

La figura alzó sus manos hacia la capucha que cubría su cabeza y con un sutil gesto la retiró. Sintió inquietud cuando vio lo que estaba haciendo, ¿y si fuera realmente la muerte?, su muerte. No quería ver aquella cara y quiso pararla. Le gritó que no lo hiciera pero ya era tarde. Una melena cobriza y ardiente como una extraña llama ondulante, casi rizada, surgió dejándose reposar plácidamente sobre sus hombros. Su cara de tez clara

con unos ojos que invitaban a sumergirse en ellos le miró.

—Pareces sorprendido. ¿Acaso pensabas que ibas a ver una huesuda calavera? Elf, ¡hazme el favor! Esperaba de ti otro recibimiento pero viéndote tan desencajado creo que lo mejor será ir al grano.

Sentándose sobre la cama con ambas piernas dobladas y recogidas sobre ella siguió hablándole.

—Por nuestra amistad, que dura desde el momento en el que naciste, por las veces que me has robado una sonrisa y regalado un buen momento de tu vida, voy a concederte lo que me has pedido siempre.

Arrepintiéndose desde el mismo instante que lo hizo preguntó el qué.

— Vas a saber cuándo vas a morir.

Su cuerpo volvió a estremecerse.

—Te voy a regalar 86400 segundos. ¿Sabes qué significa eso?

En silencio y temeroso como una pequeña cría de animal desvalida negó con la cabeza. Al verlo, su muerte no pudo evitar volverle a hablar con tono de ternura.

—Pobre Elf, no temas. Te regalo 86400 segundos, los segundos que posee un día. Ni más ni menos. Yo te los regalo. Serán los últimos segundos de tu vida y quiero que los saborees. Vuelve el mundo del revés como siempre has dicho que harías. Disfruta, goza, haz todo lo que te pueda faltar por hacer, cada segunda cuenta.

—Pero...

—No hay peros. Aprovéchalos. Aun así, te voy a dar un consejo. Ya te he dicho que he pasado buenos momentos a tu lado. Quizás deberías buscar en este tiempo que te queda la luz. Por la noche es la única que lleva los barcos a buen puerto sin ir a la deriva ni zozobrar. Creo que es lo que necesitas. Si lo haces, quizás mañana llegues a mí como la persona que eras. Ese amante de la vida, sincero en su locura, acciones y palabras. Que amaba vivir y aunque siempre le acompañé nunca me mencionaba ni se acordaba de mí. Ahora es momento de dejarte.

— ¡No!— exclamó intentando erguirse sin conseguirlo.

Una opresión le mantenía afianzado contra aquel rincón.

—Tranquilo, no te preocupes. Disfruta tus segundos. Vive cada uno de

ellos. Cuando acaben volveré.

Mientras hablaba su imagen poco a poco se desvanecía y lo último que vislumbró fue aquella sonrisa. La estridente alarma del despertador le rescató.

Las siete de la mañana.

Observó como el segundero pasó del cero al uno y se horrorizó al ver como poco a poco e irremediamente se iban sumando segundos, dos, tres, cuatro.

Entonces sí tuvo fuerzas para levantarse pero su andar no tenía sentido. Se movía alocadamente de un lado al otro de la habitación, preguntándose qué había ocurrido y pensando que todo aquello no era más que un sueño, una pesadilla, pero realmente sabía que no. Había ocurrido y aquel maldito reloj marcaba tres minutos, tres minutos menos.

Y gritó lleno de furia.

— ¡Vuelve!, ¡no puedes hacerme esto! ¡Maldita bastarda! Y dices que eres mi amiga. Una amiga no me habría dado un día de vida.

Tras otro grito de desesperación hincó las rodillas abatido, sin fuerzas, desconsolado y se dio cuenta de algo murmurándolo entre dientes.

— Tienes razón. Una amiga me diría cual sería el último día de mi vida. Lo siento.

Vistiéndose pensó que hacer ese día, su último día. Quería aprovechar cada segundo. Notaba como se los iban arrancando y aun así, sin saber bien el motivo real, decidió ir al trabajo como cada mañana. No quería dejar a nadie en la estacada, no estaría bien, y teniendo en cuenta que un viernes por la mañana tampoco había mucho para divertirse decidió dirigirse hacia allí. El trayecto a pie hacia su trabajo fue diferente al de otros días aunque había cogido el mismo camino que siempre. Esta vez lo hizo pausado, tranquilo, relajado. Se entretuvo en ver a la gente pasar delante de él. Niños con sus madres de la mano que iban al colegio y no pudo evitar pensar en los hijos que ya nunca tendría. Jubilados paseando, el aroma del café saliendo de los bares, el pío temprano de los pájaros. Tantos años ahí y se estaba dando cuenta de todo aquello en los segundos que iba perdiendo, pero ahora no los consideraba malgastados. Era un sentimiento extraño, tan extraño como las sensaciones que tenían sus amigos al compartir momentos esporádicos con él. Les abrazaba y sonreía como siempre pero esa vez notaban no la efusividad alocada de siempre sino un calor en sus abrazos como nunca habían notado. Su sonrisa era diferente y el miedo de la mañana había desaparecido. Veía los segundos

pasar sin importarle saber bien el por qué.

Cuando el hambre comenzó hacer mella en él resolvió apaciguarla. La cafetería de la empresa era buena y sus olores ese día le parecieron más exquisitos que nunca. Pensó si siempre habría olido así mientras inspiraba profundamente sus aromas. Pasó de los aromas a los sabores. Decidió probar varias cosas y cuando cargó su bandeja de todo lo que podía apetecerle puso rumbo hacia la mesa donde un grupo de viejos amigos reían y disfrutaban. Le parecía entrañable la escena y quiso regalarse varios segundos sentado con ellos pero su cabeza se giró sin saber el motivo hacia una mesa cercana.

Una chica de pelo oscuro con ligeras ondas comía mientras ojeaba un libro. No le conseguía ver bien la cara y algo que nació en su estómago tiró de él hacia ella. Jamás la había visto y era raro, conocía a todas las mujeres que trabajaban allí. Optó dejarse llevar por aquella extraña fuerza.

— ¿Por qué no?— pensó—. Nunca está de más conocer a gente nueva.

Sin posar la bandeja preguntó si aquel asiento frente a ella estaba libre y si podría sentarse allí.

—Tú mismo Elf. Si te apetece — respondió sin levantar la mirada del libro.

La respuesta le cogió por sorpresa.

— ¿Nos conocemos?

—No, pero tu fama te precede.

— ¿Fama?— pensó.

Su fama no le iba a salvar de lo que le ocurriría al día siguiente pero no quería pensar en ello ahora.

—Daniel.

— ¿Perdón?

—Me llamo Daniel.

Frenando en seco su lectura levantó la cabeza y con cara de extrañeza le miró.

— No lo hubiese imaginado nunca. No, no te pega.

Daniel se vio sumergido en unos profundos ojos de inusitada tonalidad verde que no conseguía distinguir. En aquellos ojos se perdería, tanto, que los segundos pasaban y nada había que lo rescatara de aquella visión. Tampoco le importaba. La tez suave de su cara le atrapó, la sonrisa lo embaucó y se sintió como un pez mecido suavemente entre finas algas protectoras cuando miraba su pelo.

— ¡Eh! ¿Dónde te has ido?

Su voz le arrancó de aquel sueño.

—Discúlpame, es que...

No podía dejar de mirarla. Su mirada estaba clavada en ella y no podía escapar de esa cara, de aquellos ojos. Las palabras no brotaban impidiendo con ello que pudiera seguir hablándole.

— ¿Es qué?— preguntó ella.

—...eres preciosa.

Los ojos de la muchacha se abrieron aún más acompañados por una sonrisa y un leve gesto de negación.

—Pensé que solo ligabas fuera de horas de trabajo pero por lo que veo aquí tampoco pierdes oportunidades.

—Perdona. No era mi intención. Surgió. A veces soy un bocazas.

—Disculpas aceptadas —sonrió— Además, nunca viene mal que le suban el ego a una.

—No era por adularte. Brotó.

Volvió a sonreír mientras comenzó a recoger la bandeja y su libro.

— ¿Te vas?

—Sí, ya es hora de seguir trabajando Daniel.

—Es una pena, de verdad.

La miraba intentando conseguir más segundos en su compañía y dirigió los ojos al libro.

— ¿Qué lees?

—Sé lo que estás intentado.

—Solo quiero saber el nombre del libro.

No pudo evitar reír como respuesta.

—Creo que eres un poco monillo. Se titula el Tratante de Almas. Cuenta la historia de un hombre que se dedica durante siglos a firmar pactos a cambio de almas.

—Parece interesante.

—Lo es. Cuando lo acabe puede que te lo preste.

Daniel sabía que aquello nunca sería posible y se notó en su tono al responderle.

—Vendería mi alma, sin duda.

Aquella afirmación tan severa, en ese tono, sorprendió a la muchacha.

— ¿Sí? Vaya. Pues siento curiosidad. ¿Qué razón te llevaría hacerlo?

Daniel la miró de pie, frente a ella. La veía tan maravillosa. Había estado con muchas mujeres, pero aquella era diferente. Con ella tenía otras sensaciones, sentimientos. Deseaba tocarla, abrazarla, amarla pero quería saber de ella, de su vida, de su futuro. Un futuro que no sería juntos, pero la necesitaba.

—Cenar contigo y después un agradable paseo.

Nuevamente consiguió robarle otra sonrisa.

—Lo dicho, eres un monillo.

—Te lo digo en serio.

Otra vez aquel tono volvió a aparecer, pero esta vez lo inundaba la melancolía y ella lo apreció. Quedó unos segundos en silencio mirándole para luego hablarle.

—A las siete, en la esquina del Boulevard. Quizás me retrase un poco, suelo tardar cuando me preparo para salir.

Daniel se alegró y una sonrisa comenzó a dibujarse en su cara.

—Me cuesta creer que te arregles mucho, eres tan...

—No empieces— dijo burlescamente— Ya tienes tu cita.

Vio cómo se alejó con paso cimbreado y seguía sin poder apartar la mirada de ella. Las siete. ¿Cuántos segundos serían hasta las siete? Le daba igual. Tenía lo que quería y pronto la vería.

— ¡Oye! No me has dicho tu nombre.

Saliendo de la cafetería se giró.

— Ana Luz.

La voz de la muerte comenzó a sonar como un débil hilillo en su cabeza. Recordó lo que le dijo, "Quizás deberías buscar en este tiempo que te queda la luz. Por la noche es la única que lleva los barcos a buen puerto sin ir a la deriva ni zozobrar. Creo que es lo que necesitas". ¿Sería una broma de ella o quizás le estaba ayudando como la amiga que era? Ana Luz, Luz.

Quince minutos antes de las siete ya se encontraba en aquella esquina. Era de noche, en invierno anochece pronto y se dedicó a ver a las personas que pasaban por su lado. Las envidiaba, ellos tendrían más días para disfrutar de su vida al contrario que él y surgía de su interior la extraña necesidad de decirles que vivieran sin cometer los fallos que él había cometido.

—Puntual. Eso me gusta en un hombre.

La voz provenía de su espalda y se giró para quedarse pasmado ante lo que vio.

— No hagas eso.

— ¿El qué?— preguntó extrañado.

—Mirarme como si fuera la única mujer del mundo.

Daniel pensó que si supiera que realmente lo era quizás no le extrañaría aquella forma de mirarla.

—Perdona Luz, intentaré no hacerlo en lo que nos queda de noche, aunque sinceramente no creo que pueda hacerlo, eres...

—Tan bella— dijo riendo— Creo que eres el único que me ha llamado Luz. Bueno, ahora te voy a llevar a un sitio que te va a encantar. Está cerca del río.

Daniel sonrió postrando su brazo para que se afianzara a él.

—Vaya, al final va a resultar que eres todo un caballero. ¿Preparado para la aventura?

Daniel gesticuló afirmativamente con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa que abarcaba toda su cara. Estaba preparado para aquella aventura, su última aventura. No sabía bien los segundos que le quedaban pero quería aprovecharlos todos. Ahora sí, y procuraría hacerlo. El lugar al que Ana Luz le llevó le encantó de verdad. Sentados en una pequeña mesa el río pasaba a su lado. Un ambiente tranquilo, mágico, sensual, pero a la vez lleno de increíbles sensaciones lo inundaban todo y delante de él, ella. Hablaban como si que conocieran desde siempre y era extraño. Se tocaban las manos, sonreían, algún que otro lance furtivo tocó la mejilla de uno y el pelo del otro. Todo entre sonrisas cómplices y miradas. Cuando acabaron la cena pasearon por aquel discreto camino que bordeaba el río. Daniel no pudo evitarlo. La miró y sus ojos nuevamente perdidos entre los de ella le pidieron un beso y ella lo supo. Fue el mejor regalo que nadie pudiera haberle dado en los últimos segundos que le pudieran quedar. Se besaron y una vez más fueron uno. No podía entender como sentía todo aquello por esa mujer. Es como si siempre hubiera estado ahí y su amiga, la buena muerte, antes de llevárselo quisiera habérsela mostrado y se apenó. Pensó que aquello era cruel pero a la vez se lo agradecía, si no lo hubiera hecho, nunca la hubiera conocido. Mientras la besaba una vez más oyó las campanadas de un lejano reloj, media noche.

— ¿Y ahora? — le susurró Daniel al oído— ¿Qué deseas hacer?

— Te has portado como todo un caballero. Vivo aquí cerca. Me acompañas, nos tomamos una última copa en mí apartamento y luego regresas a casa. ¿Te parece?

—Me parece genial.

Y volvieron a caminar juntos. Las paradas esporádicas para besarse fueron haciéndose cada vez más y más comunes. Daniel no quería llegar a su casa. Si lo hacían solo tendría una copa más con ella y la perdería durante sus últimos segundos. El último encuentro de sus labios acabó con una frase.

—Vivo aquí.

Saboreaba el líquido de la copa como si tomara la ambrosía de los dioses y para él era así. Siguieron conversando, riendo, besándose y sin darse cuenta ella quedó acurrucada en su hombro durmiendo. No quiso despertarla. Sus últimas palabras le llenaron de alegría y euforia.

—Eres un hombre peculiar Daniel. Me encantaría llegar a conocerte bien. Podría acostumbrarme a tenerte por aquí.

Se apenó cuando observó en uno de los relojes que poseía colgado de una pared que eran las seis y media de la mañana. 1800 segundos le quedaban con ella y no sería justo que cuando despertara encontrara su cuerpo inerte a reposando a su lado. Con delicadeza la dejó recostada en el sofá donde habían pasado la noche desde que llegaron, la arropó con una manta que encontró a su lado y besó su mejilla.

—Gracias Luz, gracias. Me has hecho darme cuenta de tanto en tan poco tiempo. Gracias.

Tras abandonar el apartamento decidió esperar a su amiga cerca del río. En el mismo lugar donde besó la luz. Se sentó en un banco y esperó. Esperó y esperó hasta que aquel aroma volvió a flotar en el ambiente. Dulce, extraño, era ella.

—Alguna vez tendrás que decirme que es ese aroma.

—Canela— respondió mientras se sentaba a su lado.

Vestía igual pero esta vez llevaba la cabeza descubierta.

— ¿Canela? Estás de broma.

— ¿Crees que la muerte bromearía? No sé el porqué de esa extraña manía que lleva a todo el mundo a pensar que debo oler a podredumbre, a rancio, a muerte. La muerte no es mala Daniel, al contrario, yo soy la que da sentido a la vida.

Daniel suspiró.

—Y tienes toda la razón. ¿Sabes?, desde ayer me he encontrado fuera de lugar, perdido, sin saber realmente qué hacer con tu regalo. Pasaron por mí tantas cosas y deseos para hacer durante el último día que me sentí como un paciente en coma que despierta años más tarde necesitando vivir lo perdido, pero me equivoqué. No necesitaba vivir lo perdido sino vivir lo ganado. Aquella abrumadora ansiedad por disfrutar el día a día cesó, seguía siendo el mismo pero sin la necesidad de vivir toda una vida en un día. Cuando me di cuenta encontré la paz y encontré la luz. Tú la pusiste

ahí, ¿verdad?

La muerte sonrió apretando los labios y mirándole.

— ¿A quién?

—A Ana Luz.

—Ella siempre estuvo ahí, pero tu vista siempre miraba para otro lado. Lo hiciste con ella y con muchísimas cosas más, lo hiciste cuando cambiaste y eso fue lo que te perdió Daniel.

No pudo evitar dejar que una lágrima rodara por la mejilla que pocas horas antes había acariciado aquella mujer.

— ¿Lloras?

—Puede, pero no te preocupes. Estoy listo. He disfrutado de cada segundo que me regalaste y te lo agradeceré toda mi vida aunque realmente solo dure ya unos pocos. Aun así, creo que al lugar donde me lleves quizás pueda seguir agradeciéndotelo.

La muerte se mantuvo unos segundos en silencio.

—Creo que no.

Daniel la miró extrañado.

— ¿No estaremos juntos?

—Lo que creo es que no te voy a llevar conmigo.

— No entiendo

Y la muerte le miró a la cara sonriéndole.

—Daniel, no solo te regalé 86400 segundos. Te entregué toda una vida en un solo día. ¿Desde cuándo no sentías lo que has sentido hoy? ¿Desde cuándo no amabas? Parece increíble todo lo que se puede hacer en un solo día, pero más increíble es todo lo que puedes hacer durante toda una vida. Sí, yo puse una luz en tu camino, siempre estuvo ahí para ti aunque el centinela de tu barco nunca dio con ella. Ahora te voy a regalar algo más. Me diviertes Daniel, me gusta tu compañía, adoro tus locuras y que me hagas reír, por eso te voy a hacer un regalo diario. Todos los días tendrás 86400 segundos más, yo no te pondré limitaciones, solo las tendrás tú. Vivirás cada uno de ellos como quieras vivirlos porque serás solo tú quien decida cuando vendrás a mí. Quizás sabiendo que yo no estoy siempre ahí podrás disfrutar más de ella, de la vida y de la luz que

te la podrá iluminar. ¿Te parece bien?

Daniel miró sus ojos, su tez blanca adorable y aquel pelo cobalto fuego y le sonrió mientras dirigió después la mirada hacia el río.

— ¿Sabes?, me encanta el olor a la canela. Te va bien oler así.

La muerte sonrió mientras el aroma comenzó poco a poco a desvanecerse.

—Alguien te espera Daniel. Tú vida — escuchó.

Henry perplejo no dejaba de observar a Mike bajo la atenta mirada de sus compañeros.

— Entonces, ¿me estás diciendo que la muerte huele a canela y sabemos que llega solo oliéndola!

Mike enderezó el cuerpo el cual había mantenido doblado mientras contaba la historia.

—Eso o que el café con el tronco de canela que hemos puesto para darle sabor ya está listo para beberlo.

Un estruendo de risas retumbó en la trinchera, tanto, que desde otras lumbres observaban queriendo saber que había ocurrido.

—Seréis hijos de perra. Por un momento me la habíais colado. Que la muerte huele a canela... Soy un estúpido. Desde que he llegado aquí solo he escuchado ridículas historias. Esta, las que me cuenta Sonrisa, e incluso, antes de venir, escuché la estúpida historia de una fotografía y de las cartas que pasan mano a mano con la muerte de cada soldado.

Las risas pararon en seco y solo se escuchó el ruido de los cuellos de las chaquetas girándose al unísono en una dirección. Todos miraban a Frank, incluso Henry; no entendía que ocurría y el porqué de aquella repentina acción. Cogió el botiquín que siempre llevaba colgado como una bandolera e introdujo la mano. Al instante sacó una tela cuidadosamente enrollada a forma de paquete y todos la miraron.

Frank se lo mostró.

—Creo que tienes que replantearte muchas cosas Henry.

6

Otra semana más y todo seguía igual. Durante el trascurso de aquellos días ni siquiera había cargado el fusil consigo, ¿de qué hubiera servido? Se

limitó a conocer y a aprender. Conocer a los soldados que día a día compartían la tranquilidad de las jornadas que poco a poco iban pasando. Conocer de sus vidas, aprender de sus vivencias y por qué no. Leer. Un día quiso probar aquello. Temblaba oyendo a sus compañeros como le animaban a que lo hiciera.

—No te ocurrirá nada, Henry. Y verás que nunca habrás disfrutado tanto de un libro.

Una mañana se decidió.

Tras desayunar cogió uno de los que había colocados en una improvisada estantería hecha con cajas de municiones. Cuando leyó el título le pareció sugerente, "Guerra y paz" Lo cogió, era grueso. Quizás pensaba que si recibía un tiro, la voluminosidad del libro frenaría el proyectil, y con él en una mano anduvo hasta el lugar que creía sería el mejor. A pocos metros de una de las trincheras y de camino entre ambos frentes crecía un árbol. No era muy grande pero su tronco parecía cómodo. La frondosidad de su copa le otorgaría una agradable sombra así que aquél podía ser el sitio ideal para leer o excavar su tumba. Poco a poco, con todo su cuerpo temblando, comenzó a salir de la trinchera. Sus compañeros se iban llamando unos a otros avisando de lo que Henry estaba haciendo y en pocos segundos la línea de trincheras era un hervidero de cabezas observando. Ascendiendo con el libro en alto puso un pie en el borde y luego el otro, seguía vivo, probablemente por poco tiempo. Varios fusiles enemigos comenzaron a mostrar sus cañones y sentía como todos le apuntaban al corazón. Cerró los ojos, el pánico le impedía moverse.

—Camina sin miedo Henry.

Aquella voz era la de Sonrisa. Abrió los ojos y lo vio erguido en la trinchera, su cara mostraba tranquilidad y asintiendo con la cabeza y con tono calmado, como si aquello fuera algo normal, se lo volvió a decir.

—Sin miedo Henry, no va a pasar nada.

Giró su cabeza hacia los fusiles que le apuntaban aun con el libro alzado sobre su cabeza y dio un paso. Uno de los fusiles se retiró y eso le sorprendió. A medida que avanzaba lentamente cada uno de los cañones que había visto asomarse iban retrocediendo y cuando llegó al árbol ya no había ninguno a la vista. Había dejado de temblar y apoyándose en el tronco se sentó. Desde su posición podía ver el pasillo que ambas trincheras hacían y al fondo, sublime, el mar. Un mar que nunca vio revuelto y siempre estaba tranquilo, tan tranquilo como aquel extraño lugar. Abrió la cubierta y vio algo escrito a mano en la primera página en blanco.

"Nunca habría llegado a creer que un simple libro me mantendría con vida en una guerra "

Nadie firmaba aquella cita escrita a lápiz y que sin lugar a duda él compartía en ese momento. Pasó la hoja y comenzó a leer. Sin darse cuenta del tiempo comenzó a devorar aquél libro y si bien sus páginas le absorbían, cuando alzó la vista viendo que estaba a punto de anochecer, se dio cuenta que no todo había sido por el libro. Una vez más, aquel lugar hacía que todo fuera propicio. Se levantó y regresó a la trinchera. Esa vez no alzaba el brazo para evitar que le dispararan, lo llevaba sobre su pecho y observó que Sonrisa le esperaba en el mismo lugar donde lo había visto por la mañana.

— ¿Buena lectura?

Henry no pudo evitar sonreírle.

—Fantástica.

Tras la cena se sentó en una pequeña lumbre junto a él. Tras la experiencia vivida ese día quería hacerle unas preguntas y creía que era el momento perfecto.

—Frank me contó el inicio de todo esto. Como dejaron de caer los proyectiles de artillería, como se falsifican las bajas y la línea de trincheras, pero, las normas, ¿Cómo nacieron las normas?

Con una pequeña vara que portaba en la mano, Sonrisa atizó los brasas para que el fuego no decayera.

—Bueno, queríamos sobrevivir, sin embargo, no somos ingenuos. Sabíamos que teníamos que hacer algo para, por así decirlo, pasar inadvertidos entre tanto caos. Debíamos hacer creer que aquí ocurría lo mismo que en todos los lugares del frente; que la muerte y destrucción se había instalado con nosotros, pero con la diferencia que nadie debía morir. Entonces pensé que la solución era fácil.

— ¿Fácil?, dudo que estar en una guerra y no terminar matando a alguien tenga una solución fácil.

—Henry, los seres humanos convertimos la guerra en un juego al que jugamos desde que somos niños, diferenciando incluso entre buenos y malos. Decidí hacer lo mismo aquí. Cuando los proyectiles dejaron de caer el oficial y yo nos volvimos a reunir. Tenías que haber visto la cara de nuestro viejo comandante cuando le dije lo que quería hacer, pero él tiene un deseo de vivir tan grande como el nuestro y solo me pidió que hiciera lo posible para conseguirlo. Cuando estaba frente a su oficial en mitad de

la nada fui claro, había que serlo.

—Esta no es mi guerra— sentenció Sonrisa.

El oficial le miró, pero no veía desprecio en su cara.

—La idea para que su artillería no acabara con nosotros ha sido perfecta. Gracias.

— Las gracias son mutuas. Usted hizo lo mismo y no hemos perdido a nadie más.

El oficial asintió.

—No me gusta la artillería—dijo— La guerra se vuelve aún más impersonal si ni tan siquiera puedes ver a tu enemigo. Viéndolo cara a cara uno se replantea muchas cosas.

Sonrisa supo de lo que hablaba. La muerte de aquel soldado bajo su bayoneta seguía clavada en su alma y nunca podría librarse de esa herida.

— ¿Y ahora? — le preguntó.

—Juguemos— respondió Sonrisa causando una reacción de sorpresa por parte del oficial.

—Además de no entenderle debo decir que no soy buen jugador.

Quizás lo que Sonrisa iba a plantearle resultaría una locura pero acaso no fue más loco de realizar todo aquello que habían conseguido hasta ahora. Llevaban días sin una sola muerte y las cosas debían seguir así.

—Nadie tiene porqué morir.

—Pero esto es una guerra, desgraciadamente aquí se viene a morir.

—Yo no lo veo así. Usted es oficial y como oficial sabe que la guerra tiene unas normas, normas de obligado cumplimiento, ¿verdad?

El oficial se sintió interesado por aquellas palabras y asintió.

—Pero también sabemos que la mayoría de las veces esas normas no se cumplen.

Sonrisa tenía razón y el oficial también lo sabía. En ocasiones, durante la batalla, el odio anegaba las mentes de los soldados volviéndolos

irracionales.

—Entonces, hagamos nuestras propias normas y cumplámoslas.

El oficial se mantuvo en silencio. ¿Propias normas olvidando las ya escritas? Resultaba una idea atractiva.

— ¿Con que objetivo?— preguntó-

Mirándole fijamente solo pudo responder una cosa.

—Vivir.

—Y así comenzó todo Henry. Durante varios días estuvimos pensándolas. Esto se convirtió en un hervidero. Unos pedían unas cosas, otros otras. Imagínate la suma de las peticiones de los de aquí y los de allá. La primera norma nació por educación. A muchos no le parecía bien que si se estuviera entablando una conversación con alguien se le disparara, era de mala educación dejar una conversación a medias o que la interrumpieran.

Henry no pudo evitar reír.

—La segunda norma vino a raíz de la vagancia y el despiste de muchos soldados de ambos lados. Decían que estaban cansados de ir siempre encorvados porque muchas partes de las trincheras no eran lo suficientemente altas para protegerse y no querían estar excavando más. Además, los cascos pesaban mucho y terminaban con dolor de cuello y además de eso, también a muchos se les olvidada ponérselo por cualquier motivo y era injusto morir por un despiste.

Las carcajadas de Henry iban en aumento. Aquello tuvo que ser digno de ver.

— La tercera fue por ocio. Si alguien estaba disfrutando de una buena lectura no veían de recibo que se les disparara; por eso, no se abre fuego contra nadie que esté leyendo un libro o una carta. Leer las palabras de nuestros seres queridos es aquí de las cosas más importantes.

Henry le interrumpió con una pregunta.

—Un momento, pero aquí hay bajas. Tú tienes cientos.

—Así es. La cuarta norma y para mí la más importante. Si disparas, hiere, no mates.

—Vaya. Difícil conseguir que se cumpla aquí.

Sonrisa alzó levemente los hombros.

— Por eso solo los tiradores abrimos fuego. Los muchachos no quieren meter la pata.

— ¿Y por parte del enemigo?

—Tienen a varios, cada vez menos. Y su oficial supervisa cada tiro.

—Todo bien amarrado por lo que veo. ¿Desde cuándo no hay una muerte?

Sonrisa suspiró con alivio.

—Por fortuna desde hace mucho tiempo.

— ¿Y los encuentros en medio del campo tras cada acierto?

—Quinta norma, somos caballeros y nos preocupamos por el estado del que abatimos. De esa manera sabemos que todo ha ido bien.

Henry se quedó pensativo.

—Si alguna vez la cosa no fuera bien, ¿qué ocurriría?

Sonrisa notó un escalofrió que le recorrió la columna. Era una situación posible y nunca quería pensar que sucedería si alguna norma no se cumpliera.

— Rezo todos los días para que eso no ocurra. No sé qué pasaría.

Durante un momento que le pareció eterno se hizo el silencio y solo el fuego devorando los pequeños trozos de madera de la lumbre era lo que se escuchaba en la noche.

—Sería horrible para todos volver a la normalidad de la guerra.

La normalidad de la guerra. Henry pensó en aquella frase y también notó un escalofrió recorriéndole todo el cuerpo. Volver a la normalidad de la guerra con su horror, caos, destrucción y una muerte que no olía precisamente a canela.

7

El ajetreo y el ruido de los soldados corriendo por la trinchera despertaron a Henry. Hasta bien entrada la madrugada no pudo conciliar el sueño, en su cabeza daban vueltas las últimas palabras que Sonrisa había pronunciado. Se había acostumbrado al orden, no natural, de la guerra en

aquel sitio. Una guerra sin muertos, solo con heridos agradecidos. Una guerra donde cada mañana escuchaba el pío de los pájaros y no el silbar de los proyectiles cayendo. Una guerra donde podía pensar que volver a casa era posible. Ahora, aquel bullicio le obligaba a ponerse en pie y todavía somnoliento salir de su refugio.

Ya fuera, observó el ir y venir ajetreado de los soldados. Todos iban pertrechados con sus equipos de combate y uno a uno se iban parapetando en la pared de la trinchera. Agarró con fuerza el brazo de uno de ellos que pasó a su lado y sin entender que ocurría le pidió explicaciones de todo aquello.

— ¡Nos han retado! ¡Vamos a saltar la trinchera!

Tirando con fuerza del brazo consiguió zafarse de la atroz mano de Henry y se colocó junto a sus compañeros. Aquello le había cogido de improviso, estaban todos armados, pertrechados para combatir, en perfecto orden para iniciar el ataque y él había salido solo con su uniforme para saber que ocurría, ni tan siquiera había cogido su fusil. Un fusil del que nunca debía separarse.

Miró a su derecha y lo vio avanzar hasta él.

Un soldado se acercaba con paso decidido y bajo su brazo transportaba un balón de fútbol de cuero marrón. Se le puso la piel de gallina. Había escuchado las historias de como algunos batallones británicos pateaban un balón contra las trincheras enemigas justo antes de saltar la trinchera simbolizando con ello que les meterían un gol, que ganarían el combate. Ahora estaba viendo aquello en persona, ¿pero qué había ocurrido? Recordó la noche anterior, lo que podría suceder si alguien se saltaba las normas, pero no podía haber ocurrido algo así, no había escuchado ningún disparo antes de que el bullicio lo despertara; ¿o quizás el profundo sueño se lo habría impedido?

Justo frente a él, el soldado con la pelota ascendió por una escalera de madera y cuando puso pie en lo alto de la trinchera colocó un silbato en sus labios. Expiró tan fuerte que aquel pitido debió escucharse a kilómetros y avanzando varios pasos con el balón en la mano para coger carrerilla le propinó un fuerte puntapié. Cuando lo hizo, todos los soldados que se mantenían en la trinchera comenzaron a salir, gritaban eufóricos, la vida les iba en ello, pero Henry se percató de algo. Los fusiles, nadie llevaba sus fusiles. Todos se habían quedado apoyados en la pared de la trinchera y a la carrera salieron de ella en dirección hacia el enemigo. No pudo evitar subir él también por aquella escalera para ver que ocurría, no sabía bien por qué lo hacía pero algo le empujaba a seguirles. Cuando llegó al borde de la trinchera vio que el enemigo se acercaba también hacia ellos. Los hombres de ambos ejércitos pararon a escasos metros los unos de los otros y aquel balón que había sido lanzado se encontraba

entre ellos. El silencio volvió a reinar, todos se miraban, y otro pitido sonó nuevamente. Lanzándose a la carrera hacía aquella esfera de cuero comenzaron a patearla y a jugar con ella.

Henry veía estupefacto aquella secuencia. ¿Estaban jugando al fútbol? No podía creerlo.

— ¿No te animas o es que no sabes jugar?

Sonrisa estaba tras de él.

— ¿Qué está ocurriendo?

— Hoy toca partido, la última vez ganamos y pidieron la revancha.

— ¿Partido?

— Sí. Las normas son simples. Si consigues que el balón llegue a su trinchera, punto para nosotros, si lo traen hasta aquí, pues punto para ellos.

— Pero...

Sonrisa le interrumpió.

— ¿Sabes o no sabes jugar?

— Sí, claro.

— ¿Pues a qué esperas? No tenemos todo el día.

No entendía el motivo que le había llevado a correr en dirección hacia el balón que veía ser pateado de un lado al otro sin ton ni son, pero lo estaba haciendo. Entre risas, empujones, sudor y esfuerzo llegó a él y le propinó una patada. Aquello le hizo sentirse feliz, como un crío jugando en el patio del colegio. No podía creer lo que estaba haciendo. Siguió y siguió corriendo sin parar, sentía que no se cansaría nunca de aquello y en una de estas, el balón llegó a sus pies. Alzó la vista y un muro de aquellos soldados de gris uniforme avanzaban hacia él. No sintió miedo. Corrió hacia ellos con el balón y realizando un quiebro logró abrir una brecha en aquella infranqueable pared por donde pasó. Tras lograrlo, la trinchera enemiga quedó frente a él, y haciendo uso de toda la fuerza que pudo propinó una fuerte patada al balón. Lo siguiente que escuchó fue a los suyos gritando eufóricamente gol.

Sintió como le agarraban alzándolo en volandas.

Cuando lo dejaron en el suelo nuevamente recibió los abrazos de sus compañeros pero también las palmadas de felicitación de aquellos a quienes había metido el gol. Se sintió extraño y aún feliz, se dirigió hacia donde estaba Sonrisa.

— ¡Increíble Henry! — le dijo con voz alegre— Ha sido llegar y besar el santo.

No supo qué responderle y observó como le sonreía socarronamente.

—Extraña sensación, ¿verdad?

—Sí, difícil de explicar.

Sonrisa sabía a qué se refería con aquello. Era difícil de entender cómo ocurrían las cosas allí, pero cuando pasaban todo tomaba otro camino. Cuando Henry recibía las felicitaciones de sus enemigos por haber marcado llegó a sentirse culpable por haber deseado su muerte alguna vez. En aquel momento todo era diferente. No veía uniformes, ni pensamientos ni ideologías, solo personas que se divertían y querían evadirse de todo aquello. Los gritos de sus compañeros gritando nuevamente gol hicieron saltar de júbilo a Sonrisa.

—Esta vez vamos a volverles a ganar.

Henry miraba como todos se abrazaban e incluso las risas de sus enemigos, que en lugar de estar enfadados, también se divertían con el momento.

—Sería tan fácil resolver las cosas así. Sencillamente jugando.

—Bueno, aquí lo hemos conseguido, quién sabe si en otros lugares están haciendo lo mismo.

Sentados en el borde de la trinchera continuaron viendo el partido. Henry no quiso volver a jugar más. Ya tuvo su momento de gloria al marcar aquel gol que recordaría toda la vida y ahora solo buscaba empaparse con esa experiencia. Los veía jugar apasionadamente. Si cometían una falta contra su adversario rápidamente iban a ver como se encontraba ayudándolo a levantarse. Nunca vio apretones de manos tan amistosos entre personas tan diferentes y pensó que desgraciadamente, en muchos otros lugares de aquel extenso campo de batalla, podrían estar en ese mismo instante muriendo bajo manos parecidas. Aquí tan pacíficas y allí tan llenas de sangre y muerte.

—Lástima que no hubieras estado por aquí las navidades pasadas.

Henry sintió curiosidad y le escuchó con atención.

—Era de noche, y vimos que poco a poco sus trincheras fueron iluminándose con pequeñas velas que habían introducido en tarros pintados de diferentes colores volviendo el ambiente en algo mágico. Comenzaron a cantar y el aroma del vino caliente que toman lo inundó todo. Al poco de haber empezado lanzaron una bengala al aire y el oficial junto a uno de sus soldados se acercó hasta la mitad del campo. Llevaban consigo un pequeño pino adornado con minúsculas velas encendidas. El comandante y yo fuimos a recogerlo y nos trajimos también una caja de su vino como presente.” Caliente sabe mejor” me dijo. Y era verdad. Esa noche bebimos y cantamos alrededor de aquel pequeño árbol. Es difícil de explicar pero creo que si aquellos que nos mandaron a combatir hubieran estado aquí, nos habría hecho regresar a casa al ver lo estúpido de todo esto.

Henry se imaginó aquella escena y sintió envidia por no haber estado allí. Parecía increíble pero por un momento le hubiera gustado ser partícipe de algo bueno y aunque nunca había entrado en combate ya estaba cansado de la guerra. Terminó de ver el partido y aunque ganaron por tres goles a dos, cuando finalizó, todos, sin excepción alguna, se abrazaron. Aquello era digno de ver. ¿Ocurriría igual cuando todo esto acabara? ¿Saldrían todos de sus trincheras y abrazarían a su enemigo? ¿Les pedirían perdón por esta locura sin sentido? Se limitó a vivir aquel momento deseando que no tardara en repetirse.

8

Aquella mañana en la que finalizaba su cuarta semana Henry se dirigió hacia una de las posiciones en las que solía estar Sonrisa. Con él llevaba una taza de café recién hecho para ofrecérsela. No estuvo en el desayuno y le extrañó, aunque supuso que quizás se mantuvo de guardia en busca de otorgar algún que otro permiso al enemigo. Cuando llegó lo encontró observando a través de la mirilla telescópica de su fusil. El olor del café había delatado que se estaba acercando. Sin levantar la vista del visor se dirigió a Henry.

— ¿Con dos de azúcar?

Henry no pudo evitar sonreír.

— ¿Noche ajetreada?

—No, solo me he limitado a observar.

— ¿Algo interesante?

Sonrisa dejó el fusil en el suelo y cogió la taza que Henry le había traído.

—Solo sus vidas.

— ¿Y qué tienen de interesantes?

Sonrisa dio un largo sorbo a la taza y respondió.

—Que son iguales a las nuestras. Los observo a ellos y luego a nosotros y no veo diferencias. ¿Por qué no has usado tu fusil desde que te conté las normas?

Aquel cambio de tema le cogió por sorpresa y no sabía que responderle realmente.

—Sinceramente, no sé qué decirte.

Otro largo sorbo acabó dejando vacía la taza y se la devolvió.

— Creo que sí lo sabes.

Sonrisa tenía razón. Realmente sabía el motivo por el que no había usado su arma. No quería que por su culpa todo aquello que habían conseguido allí se fuera al traste.

— No creo que pudiera hacerlo. Matar sí, eso es fácil, pero herir... Tú me recuerdas a un cirujano cuando disparas. Sabes bien donde dar para no acabar con sus vidas, en cambio yo. ¡Joder Sonrisa! En la academia lo dejaron claro, una bala, una muerte. Solo me han enseñado a disparar a matar.

Sonrisa suspiró a sabiendas que Henry tenía razón. Charlie le adiestró bien, pero la segunda parte de la enseñanza le tocaba enseñársela él.

— Solo tienes que aprender de nuevo. Charlie te envió aquí porque eres el mejor... y porque yo se lo pedí.

— ¿Qué tú hiciste qué?

Henry alzó la voz, pero no estaba enfadado, sino sorprendido. Las palabras de Sonrisa no tenían sentido alguno. ¿Por qué iba a pedirle a Charlie que fuera destinado allí con él? Era la antítesis de Sonrisa.

—No te pedí a ti exactamente, solo le escribí a Charlie diciéndole que necesitaba al mejor. Después llegaste tú y me alegro de eso.

Se sentía halagado. Sabía que era el mejor de su promoción, ya se lo había comentado, y que Sonrisa dijera que se alegraba de su presencia

valía mucho para él, pero para qué iba a necesitarlo allí. Cada día que pasaba reconocía que lo aprendido no valía para nada en aquel lugar y se lo acababa de volver a decir. Sonrisa no creía eso.

—Necesito que aprendas nuevamente a disparar y esta vez, a mi manera.

—No me necesitas aquí para nada

—Te equivocas Henry. Te necesito como necesito a cada uno de los que hay aquí, incluso los necesito a ellos.

Sonrisa señaló en dirección de las trincheras enemigas.

—Pero en especial necesito que aprendas. No puedo ser el único que mantenga esto. Todos quieren ayudar, pero nadie tiene la suficiente habilidad como para mantener el equilibrio aquí y tú sí. Tienes que reeducar tu manera de disparar y yo te ayudaré. Henry, necesito que lo hagas porque si me ocurriera algo no sé si el equilibrio que tenemos aquí podría mantenerse. No soy el único que lo piensa, el comandante es de la misma opinión.

Henry se mantuvo en silencio hasta que con voz temblorosa habló.

—Hace unos días cogí el fusil y apunté. Me fue imposible abrir fuego. Era un disparo claro. Parecía que aquel soldado me ofrecía un blanco sencillo mientras él apuntaba a uno de los nuestros. Estaba pidiendo a gritos que le acertara. Cuando fui a disparar sudaba, comencé a temblar y sin saber el motivo me di cuenta de que estaba apuntándole a la cabeza. Casi lo mato Sonrisa. Yo apuntaba a su hombro y la cruz de aquella maldita mira nunca dejaba de apuntar a su cabeza. Cerraba los ojos, volvía a rectificar y cada vez que lo volvía a hacer la mira apuntaba al mismo sitio. Sonrisa, yo soy un tirador, me adiestraron para eso, para ser un asesino, para matar.

Sonrisa le escuchaba en silencio.

—Henry, necesito que aprendas, que ocupes mi lugar por si alguna causa me impide seguir aquí. Necesito que alguien continúe aportando esperanza. Escucha...

Aquel anciano bajaba todas las mañanas a la playa con su pequeño carro tirado por ese caballo que ya casi era tan viejo como él. Por las noches rezaba para que no volviera a ocurrir pero siempre encontraba algún cuerpo inerte flotando en las olas o reposando tranquilamente en la fina arena.

Todavía recordaba la primera vez que le ocurrió. Era joven, como la mujer que sacó del agua. La conocía, jugaba con ella cuando eran niños en los

prados que rodeaban el pueblo y llegaban hasta aquella playa que descansaba al pie del acantilado. El mismo que tantas vidas habían visto entrar al mar y tan pocas regresar.

Cuando la vio yaciendo sin vida supo por qué estaba allí; hacía meses que su prometido había embarcado y no había regresado. Los rumores corrían por el pueblo y entre los pescadores; el mar, que tanto les otorgaba, ahora había pedido una vida y se la había llevado. Durante semanas la vieron de pie en su borde, mirando el horizonte, esperando que alguna vela lo rasgara y una gaviota le dijera que su amado iba en aquel barco, pero eso no ocurrió.

La desesperación la hizo saltar en el vano intento de reunirse con él y el mar, nuevamente agradecido y cruel, le arrancó la vida dejando su cuerpo en aquella playa.

No era la primera ni la última. La playa era desgraciadamente conocida por eso, la playa de las viudas, la playa de las suicidas.

Recordaba el momento cuando recogió aquel frágil y frío cuerpo y como lo dejó descansando en la misma carreta que luego le acompañaría en tantos viajes y tantos años. No sabía qué hacer con ella y lleno de tristeza subió hasta la iglesia de las afueras del pueblo. Cuando tocó a la puerta y el cura le abrió le temblaba el cuerpo.

— ¿Qué deseas hijo?

Girando la cabeza hacia el carro le mostró lo que ocurría y solo atinó a decir una palabra.

—Padre.

El cura al ver lo que aquel carro transportaba sintió horror.

—Por el amor de Dios, hijo. ¿Qué has hecho?

Corriendo hacia el carro solo pudo darle una explicación, la verdad.

—Padre, la encontré en la playa. Es la...

El cura le interrumpió, sabía quien era.

—La hija de John.

—Sí, Padre.

John había muerto años atrás y ahora, aquella pobre mujer también había

perdido a su prometido.

— ¿Qué vamos hacer ahora, Padre?

El cura suspiró.

—Mal me pese, no es problema nuestro, hijo.

No entendió aquella respuesta y pensó que había escuchado mal.

— ¿Disculpe Padre?

—Samuel, vienes a misa todos los domingos, no faltas a ninguno. Sabes claramente lo que te estoy diciendo. Esta infeliz ha pecado. Se ha suicidado y los que han decidido suicidarse también decidieron en ese momento renunciar a Dios nuestro Señor.

— ¡Padre!

— ¡Samuel! No hay peros que valga. Más me duele a mí que a ella pero no podemos hacer nada. Es la voluntad de Dios.

La actitud del cura había cogido por sorpresa a Samuel. Sí, todos los domingos de su vida había ido a misa. Nunca había faltado a ninguno y en alguna ocasión había escuchado los pregones sobre el suicidio de los fieles pero también creía en el perdón de ese pecado. Le parecía imposible creer que aquella muchacha no fuera a ser perdonada.

Con voz entrecortada le costaba volver a dirigir sus palabras.

—Pero...pero...No puede ser. Padre, esa muchacha ya ha sufrido bastante. Debemos enterrarla y....

Una vez más la voz tajante del cura le interrumpió.

—No en mi cementerio. La palabra del Señor es clara y contundente. Nunca podrá ser enterrada en tierra sagrada. Ella renunció a Dios, Samuel. Nunca debiste haberla traído. Lo que debiste hacer es dejarla en la playa y que la marea y el mar se la llevaran.

El cura no habló más. Con paso firme entró en aquella iglesia cerrando las puertas tras de sí.

Samuel se encontraba desolado. Aquellas palabras le habían dejado a él sin habla, le costaba pensar y no sabía qué hacer. Sobre su carro yacía el cuerpo inerte de una muchacha a quien la desesperación la hizo ir por el camino equivocado y ahora él se sentía igual, no sabía que trayecto seguir. Una tenue luz brilló en su cabeza. Recordó que sobre aquel maldito

acantilado se erguían las ruinas de una pequeña iglesia, la primera que hace siglos se asentó en la zona y poseía un pequeño cementerio. ¿Sería capaz el cura de enterrarla allí? Cuando fue a tocar la puerta para preguntarle vaciló. Dijo que ella era una pecadora, que se había apartado del rebaño. Entonces, seguro que tampoco accedería a enterrarla allí, era tierra sagrada aunque quizás hubiera pasado más de un siglo sin que hubiera habido allí algún nuevo oficio. Si se lo decía también se negaría hacerlo pero, ¿y si no lo hacía y la enterraba él? Tembló al pensarlo. ¿Podría un simple siervo hacerlo sin ofender a Dios? ¿Y por qué no?, pensó. Su madre le enseñó que el Señor era misericordioso, que perdona a los que ayudan, a los buenos. ¿Cómo no le perdonaría por ayudar a aquella pobre alma? Él lo perdona todo. Cogiendo prestada una pala del cementerio en el que nunca descansaría aquella muchacha comenzó su ascenso hacia lo alto del acantilado. Por aquel camino hacía tiempo que nadie pasaba con un carro y a su caballo le costaba avanzar, pero juntos lo lograron. Cuando llegó a la cima entró en el viejo cementerio de muros tan derruidos como los de la iglesia a la que acompañaba y buscó un lugar. Excavó y excavó en la dura tierra y cuando terminó hizo descender el inerte cuerpo. Adecuó sus ropas, colocó su pelo y juntó sus manos en el pecho con delicadeza. Sentía pena por el sufrimiento de aquella mujer y sabía que con lo que estaba haciendo, quizás, podría hacer menguar en algo su dolor.

Cuando terminó rezó. Rezó por ella y porque su alma encontrara la paz, que encontrara el amor que había perdido en el mar y que pudieran estar juntos toda la eternidad. Colocando una flor sobre su tumba se despidió de ella.

Ahora, ya viejo, todas las mañanas paseaba por aquella playa en compañía del mismo carro y su viejo amigo aunque esa mañana fue algo diferente. Un joven muchacho se acercaba corriendo hacia él agitando con fuerzas los brazos y gritando ayuda.

—Viejo amigo— dijo dirigiéndose al caballo—, creo que ya ha llegado.

Ya a su lado, el muchacho le apremió para que le siguiera.

—Por favor, debe ayudarme. ¡Hay un cuerpo en la playa!

—Una mujer.

— ¡Sí! ¿Cómo lo sabe?

El viejo alzó los hombros.

—Guíeme hacia donde está.

Obedeciendo, el muchacho se adelantó con paso apresurado mientras el viejo le seguía observándole. El abrigo que portaba le llegaba hasta las rodillas y los zapatos no eran de tan mala calidad como los que vestía él.

—Amigo mío, tenemos un forastero nuevo en el pueblo. Me pregunto quién será ¿Has visto su ropa? No es de las baratas. Pero que sabrás tú de ropa ¿verdad?

Preguntándose el destino de aquel muchacho llegaron hasta el cadáver.

El muchacho asustado preguntó.

— ¿Desde cuándo llevará muerta? Pobre mujer.

—Desde anoche.

— ¿Anoche? ¿Cómo lo sabe? ¿Estaban buscándola?

Samuel negó con la cabeza.

—Nadie las busca. Ayúdeme a subirla al carro. Tenemos que darle paz.

Mojándose aquellos zapatos nuevos en los que tanto se fijó, el forastero entró en el agua y agarró los pies de la mujer mientras que Samuel introdujo sus brazos bajo las axilas de ella. Alzándola la llevaron hasta el carro y con suavidad dejaron descansando su cuerpo.

Cogiendo las bridas, Samuel comenzó su peregrinaje. El forastero le siguió.

—Dijo hace un momento que nadie las busca.

—Así es.

—Perdone si me entrometo, pero, ¿por qué nadie las busca? Estas mujeres tendrán familia. Padres, maridos, hermanos. ¿Alguien estará buscándolas?

—A ellas no. Estas mujeres están malditas.

— ¿Malditas?

—Sí. El mar y el amor por los seres que han perdido las vuelve locas, enloquecen, pierden las ganas de vivir y la desesperación las obliga a arrojarse al vacío y morir.

Samuel alzando la mano señaló a su acompañante la parte alta del

acantilado.

—Pero eso es horrible. Y si lo saben, ¿por qué nadie hace nada para evitarlo?

—Joven, hay cosas en esta vida que por mucho que intentemos cambiarlas no podemos conseguirlo. He pasado noches en vela intentándolo para luego bajar al amanecer y recoger los infructuosos frutos sobre esta arena. Mi único consuelo es que al menos puedo ofrecerles que reposen en paz.

Sin mediar más palabras siguieron caminando. Al llegar al pie del acantilado, el camino se dividía en dos, uno iba al pueblo y el otro hacia el cementerio en lo alto del acantilado que ya tantas veces en todos estos años había visitado. Al ver que el viejo cogía este último le preguntó su destino, le extrañaba que no fuera al pueblo con el cuerpo de la mujer.

Samuel supo que era el momento de contárselo todo. Su primera vez, la negativa del cura que no quiso dar sagrada sepultura y de cómo, durante todos aquellos años, él se había ocupado de hacerlo. El forastero pensativo no obtuvo respuesta y simplemente le acompañó.

Cuando llegaron al cementerio ya la tumba estaba preparada. Desde que una era ocupada Samuel abría otra. Toda una vida igual, pero si él no lo hacía, ¿quién? Entre los dos la bajaron y con suavidad la introdujeron en ella. Samuel repitió los mismos movimientos que hizo con aquella primera muchacha y con todas las siguientes. Adecentó su pelo, arregló su traje y puso ambas manos sobre su pecho. Cuando fue a derramar la primera palada de tierra, el forastero le pidió que parara. Quitándose el abrigo Samuel observó la vestimenta negra que llevaba bajo él y un alzacuello blanco. Aquel forastero era un sacerdote. Sacando una biblia del abrigo comenzó a rezar. Cuando terminó, Samuel comenzó con su trabajo. Palada tras palada fue enterrando el cuerpo de la mujer mientras hablaba con el forastero.

—Me sorprende lo que ha hecho.

— ¿Rezar?

—Rezar es fácil. Me refiero a permitir que la enterrara.

—Todos merecemos un entierro digno.

— ¿Hasta los suicidas?

El sacerdote no respondió.

—Teniendo en cuenta que antes le había contado mi experiencia con el antiguo cura, me extraña que lo haya hecho.

— ¿Y el actual? Sé que el Padre del que usted habla murió hace ya muchos años.

—Como dos gotas de agua. Lo intenté con él pero pensaba de la misma manera. Es irónico. Estas mujeres no faltaban ni un solo día a la iglesia y cuando lo necesitaron no estaba allí para ellas.

El sacerdote exhaló un suspiro que sonaba a resignación.

—Son las normas del Señor.

—No, son las normas del hombre. No creo que Dios se dedicara a crear normas tan estúpidas. Si fuera así, no me daría fuerza para levantarme todas las mañanas y hacer esto.

Una vez más no supo que responderle.

— ¿Dónde va, Padre?

—A su pueblo. Vengo a suplantar al Padre Brian.

—Entonces usted va a ser nuestro nuevo cura.

Asintió.

—Entonces, podríamos hablar sobre...

—No tenemos nada que hablar. Sabe lo que piensa la iglesia sobre esto y hay que cumplir sus designios. No podemos cambiarlos. Soy un siervo de Dios, me han enseñado a amarle y a serle leal. Crecí bajo sus creencias, son las únicas y las que hay. Usted debe entenderlo, es mayor que yo y la vejez otorga sabiduría. Además, soy un simple sacerdote, nunca podría cambiar nada y ni siquiera sé si yo podría cambiar.

Ahora quien suspiró resignado fue Samuel.

—Algún día moriré Padre, y entonces nadie se ocupará de estas almas.

El cura volvió a ponerse el abrigo y comenzó su camino hacia el pueblo.

— ¿Me ha escuchado Padre? ¡Algún día moriré y si nada cambia mi vida no habrá servido para nada!

No obtuvo respuesta.

Samuel miró al caballo que parecía mostrar la misma mirada de resignación que él. Puso la pala en el carro y le acarició el lomo mientras cogía las riendas.

—Viejo amigo. Nada cambia. Creo que hasta nuestra muerte nunca tendremos un merecido descanso. Espero que este nuevo cura al menos me entierre decentemente. ¿Recuerdas lo que nos dijeron los anteriores? Que nuestras almas se quemarían en el infierno durante toda la eternidad. Pregonan misericordia pero solo hablan de sufrimiento. En fin.

En un segundo la pena llenó su alma y una lágrima comenzó a rodar con dificultad por su arrugada cara.

— ¿Quién se ocupará de ellas cuando no estemos viejo amigo? Si quien debería no lo hace, entonces, ¿quién lo hará?

Paso a paso, a la velocidad que su cuerpo le permitía hacerlo, volvió hasta su casa. Cuando llegó dio de comer a su infatigable compañero y se sentó en el porche. Desde él podía ver la playa, el acantilado, la vieja iglesia y aquel cementerio que se había convertido en el último descanso de tantas almas apenadas. Al ponerse el sol observó como una mujer pasaba por delante de su casa. Le miró sentado observando el mar y cuando Samuel se fijó en ella vio en su cara una sonrisa a la vez que leyó en sus labios como le daba las gracias. Samuel le sonrió y ella continuó su camino. Sabía su destino, el acantilado.

Por la mañana temprano se levantó, tenía que volver a la playa. Ella con aquella sonrisa se lo había dicho. Preparó el carro, a su viejo amigo y comenzó tranquilamente el descenso. Cuando llegó la encontró a ella y de rodillas a su lado, a él.

El joven sacerdote lloraba desconsoladamente.

—Al atardecer salí a pasear por el acantilado y la encontré mirando el horizonte. Sus pies estaban al borde y me acordé de usted y de lo que me había dicho así que fui hacia ella. Hablé, le rogué, intenté convencerla pero no respondía a mis súplicas. Simplemente miraba el horizonte, sin apartar la vista, como...

—Como si deseara ver el regreso de su ser amado.

—Sí.

El viejo se acercó a la mujer. Era la misma que vio la noche anterior.

—La vi subir. Pasó por delante de mi casa y me sonrió. Sabía que yo la iba a ayudar. No en el acantilado, pero sí en la playa y aquí estoy. La pregunta es ¿y usted por qué está aquí? Creo que cuando ayer salió a pasear no fue por pura coincidencia sino porque sabía que esto ocurriría e iba a intentar cambiarlo a su manera, de la misma manera que yo lo intenté cientos de veces en vano.

Clavando una rodilla en la arena a la altura de su cabeza volvió una vez más a introducir bajo las axilas de una pobre desdichada sus brazos y alzando el entrecejo con un leve gesto le pidió que la cogiera por los pies al igual que lo hizo el día anterior. Juntos la colocaron en el carro y dándole una ligera palmada al caballo este comenzó a andar e iniciaron el camino. El sacerdote se colocó a su lado. Vio como en su mano portaba la biblia con la que ayer había rezado.

Samuel le miró a la cara mientras caminaban.

— ¿Entonces Padre?

—Puede que no pueda hacer que las cosas cambien, pero sí que aquí sean diferentes. Vayamos a la iglesia.

Durante años, el viejo al llegar al cruce siempre subía al acantilado, hoy no sería así. Esa mañana iría a la iglesia del pueblo, a su cementerio. Ese día quizás cambiaría todo, no para los demás, pero sí para ellos y para ellas.

—Eso es lo que te pido Henry. Quizás no puedas cambiar las cosas pero sí ayudar a que cambien aquí. Al igual que aquel sacerdote, tú puedes hacerlo. Si me ocurriera algo y no hubiera nadie que continuara con esto, todo lo que habríamos conseguido aquí y la sangre que se ha derramado no habría servido para nada. Quizás no olvides lo que te enseñaron pero sí puedes aprender cosas nuevas y ambas pueden convivir en ti. Tu destreza para matar es útil para dar vida. Yo lo pude hacer y sé que tú podrás.

Henry miraba la taza que Sonrisa le había devuelto al acabar el café. Se sentía tan vacía como ella y no sabía qué hacer. Levantándose la guardó en su abrigo. Algo le decía que iba a arrepentirse de aquello.

— ¿Cuándo empezamos Sonrisa?

9

Durante varios días se refugiaron en el bosque para que Henry volviera a desandar lo andado. Sonrisa sabía que podría hacerlo. Acertaba a todos los objetivos que le ponía pese a la dificultad en el ángulo.

—Recuerda. Siempre al hombro o a la mano, pero nunca a los dedos. No queremos amputarle ninguno. Y lo más importante, una bala...

—Un muerto— Henry rio— Es broma. Una bala, una baja. Si Charlie me escuchara decir esto en la academia me habría echado de allí de un puntapié.

—Si él te escuchara ahora, estaría orgulloso.

Con cada disparo repasaban los conocimientos aprendidos antaño y los nuevos. Los fundamentos de la puntería, los principios del arma sobre el hombro y el cuerpo, su respiración, el pulso, el control de las emociones, incluso hasta la distancia idónea del ojo con la mira.

— ¿Qué harías para que el proyectil fuera más rápido y llegara más lejos?

Henry, apuntando a un nuevo objetivo, el pequeño saliente de una sartén que asomaba tras el tronco de un árbol, respondió.

—Dejaría los cartuchos al sol o cerca del fuego para que la pólvora estuviera más caliente. Así al disparar la explosión de la pólvora será mayor y más rápida haciendo avanzar aún más lejos y más rápido la bala.

Aquel truco no se lo había enseñado Charlie, sino Sonrisa, y funcionaba. Conseguía mejores objetivos y cada vez más alejados pero tenía claro que todo a lo que le disparaba eran cacharros, latas y botellas. Todavía, desde que empezó el entrenamiento, no había apuntado tan siquiera a un enemigo, y Sonrisa también lo sabía.

Una mañana Sonrisa zarandeo con suavidad su hombro despertándole.

—Es el momento. Coge tu fusil y sígueme.

No, aunque había sido suave, aquel no fue un buen despertar.

Todavía medio dormido se levantó y agarró su arma por el cañón. Ya en el exterior siguió los pasos de Sonrisa, que tras andar casi unos quinientos metros, se paró frente a una minúscula ventanita abierta entre los sacos de la trinchera.

—Observa.

Indicándole con el dedo señaló a un punto de la trinchera enemiga. Henry no veía nada.

—Allí, justo donde empieza la curva de los sacos.

Lo vio.

El cañón de aquel tirador sobresalía aproximadamente un palmo de un pequeño hueco también abierto entre los sacos.

—Solo veo su cañón.

—Lo sé, pero no mires ahí. Prolonga la mirada hacia atrás. Imagina a que altura tendrá la culata. Búscala.

Aquello era una locura.

—No puedo hacer eso. No la veo.

—No tienes que verla, sino saber que está ahí. Sigue la línea del cañón, conoces su arma, sabes lo me mide. Entonces sabrás donde acaba la culata y empieza su hombro. ¿No decías que siempre apuntabas a su cabeza y por eso temías? Ahora no tendrás ese problema.

Henry alejó la cara del arma.

—Es imposible Sonrisa. ¿No lo ves?, es un disparo ciego.

Sonrisa le puso un cartucho entre los ojos.

—No Henry, es un disparo de fe.

Cogió el cartucho y notó que ardía.

—Le he añadido mucha más pólvora y está tan caliente que un grado más de temperatura haría que se disparara solo. Cuando lo percutas será mucho más potente que ninguno que hayas disparado. Agujereará ese saco de arena como si fuera un cuchillo caliente cortando mantequilla.

— ¡Pero no veo el objetivo Sonrisa!

Asintió.

—Que no lo veas no significa que no esté ahí.

Y en el fondo sabía que tenía razón.

Introdujo el cartucho y montó el arma. Apuntó a la boca del fusil del enemigo y pensó en las palabras de Sonrisa. Sabía cuánto medía el fusil de los tiradores enemigos. Fuera su portador más grande o más pequeño, alto o bajo, todos medían de largo exactamente igual. Siguió el cañón

hasta que desapareció y comenzó a ver los sacos de arena. Hacía mucho que no había llovido, por tanto, la tierra no estaría apelmazada facilitando que el proyectil entrara con más facilidad. Eso era otro punto positivo. Mantuvo su mira nivelada. Un centímetro por debajo podría significar que la bala le entrara por un costado pudiendo impactar en sus pulmones ahogándose en su propia sangre y un centímetro por arriba podría acabar con sus sesos esparcidos por toda la trinchera. Ese pensamiento le hizo temblar un segundo pero pudo controlarlo. Avanzó milímetro a milímetro en horizontal siguiendo aquella línea invisible que le guiaría a su objetivo y frenó. Allí debía estar, estaba seguro. Introdujo el dedo en el guardamonte y acarició el gatillo. Poco a poco fue haciendo presión. No buscaba el disparo, quería que fuera él quien le sorprendiera y así fue. El retroceso fue brutal. Nunca había sentido algo parecido. Cuando volvió a mirar su objetivo observó que el saco de arena tenía un agujero y el cañón del fusil ya no estaba.

— ¿Le he dado Sonrisa? ¿Le he dado?

Sonrisa puso la mano sobre su hombro.

En breve lo sabremos.

La potencia del disparo había retumbado en todo el campo. Los hombres se enteraron que el disparo había sido obra de Henry y se parapetaban tras la trinchera para saber el resultado, en breve lo sabrían.

El gigantesco oficial enemigo volvió a dirigirse una vez más al centro de ambas y Sonrisa hizo igual.

—Esta vez vienes conmigo—dijo dirigiéndose a Henry quien tras oírle subió las escaleras. Ambos caminaron a su encuentro y a medida que se acercaban a Henry le parecía que aquel oficial ganaba en altura. Ya frente a él no pudo evitar bromear.

— ¿Con qué le disparaste? ¿Con un proyectil de cañón?

Ambos sonrieron.

—No fui yo. Ha sido él. Te presento, Henry esta montaña que ves aquí es Adler, oficial jefe de las tropas, digamos, enemigas.

Adler retiró el guante de su mano derecha y la extendió. Henry le ofreció la suya y notó calidez al apretarla.

—Buen disparo soldado.

Henry estaba deseando que llegara el momento para preguntar.

— ¿Cómo se encuentra?

—Pues como todos a los que herís, feliz. La bala atravesó el saco y su hombro. Un tiro limpio. El médico ni siquiera ha tenido que sacar sus utensilios de matasanos. Lo ha vendado y en unas horas saldrá rumbo a su casa. Pensaba que habías sido tú Sonrisa pero le diré que hay, ¿cómo lo dicen en vuestras películas? ¡Ah, sí! Un nuevo Sheriff en la ciudad.

Esta vez fue Sonrisa quien no pudo evitar reír.

—Digamos Adler, que por ahora es mi nuevo ayudante. Me alegro que todo haya ido...

Sonrisa se calló y giró su mirada hacia el acantilado. Agudizó la vista y al no ver nada cogió su fusil terciado a la espalda y miró por la mirilla telescópica. Lo que vio le llenó de horror.

Adler, mirando en su misma dirección y sin distinguir nada solo pudo preguntar.

— ¿Qué ocurre Sonrisa? ¿Qué ves?

—Nada bueno—contestó.

Dos aeroplanos luchaban en el horizonte. Podía ver como uno disparaba sobre el otro y en su frenética y desesperada huida iba directo hacia ellos. El problema no era quien moría o vivía sobre sus cabezas. El problema es que quizás el vencedor podría bajar la suya y verles. ¿Y que vería? ¿Un campo verde sin lucha?, ¿soldados leyendo?, ¿Vería paz? No, vería traidores, como todos.

Adler miró a Sonrisa y salió corriendo hacia su trinchera.

— ¡Disparad!

Sus soldados desorientados no sabían bien a quién.

— ¡Maldita sea! ¡Disparad a los aeroplanos!

A la siguiente pregunta, la de a cuál, la respuesta por parte de Adler fue simple.

— ¡A los dos! ¡Derribadlos!

Aquellos aeroplanos ya no solo debían luchar contra las balas de su oponente, sino contra los cientos de ellas que llegaban desde el suelo.

Sonrisa dio la misma orden.

—Sonrisa— Henry le recriminó la orden— Allí arriba hay uno de los nuestros.

—Y aquí abajo hay cientos. ¡Míralos! Los conoces a todos. Sus vidas, a sus familias. Les has leído las cartas de sus seres queridos cuando te lo han pedido. Ya son parte de ti como lo son de mí, el que está allí arriba, para nuestra desgracia, no. Es duro pero hay que hacer lo posible por derribarlos. Es la única opción. Ahora ese piloto es más una amenaza que un amigo.

Tras decir eso Sonrisa comenzó a disparar como todos los demás pero Henry no pudo. Mirando las caras de sus compañeros vio por primera vez lo que nunca había visto en ellos antes, odio. Odio y ganas de matar. La guerra había vuelto a ellos y sus caras reflejaban aquellos sentimientos. Un humo negro comenzó a salir de ambos aeroplanos y alejándose el uno del otro los vio alejarse y caer.

—Dios quiera que se estrellen y mueran —escuchó decir sin saber bien de que boca salieron esas palabras.

En el amanecer del día siguiente el oficial se mantenía erguido otra vez más en aquel campo. Sonrisa fue a su encuentro pero esta vez no se estrecharon las manos. Aquello no gustó a ninguno de los dos bandos, algo malo ocurría.

—Tengo malas noticias.

— ¿Para nosotros?

Adler negó con la cabeza.

—Para todos. Conseguimos derribar los aeroplanos pero nuestro piloto sobrevivió.

— ¡Mierda!

—El vuestro también ha sobrevivido.

— ¡Joder! ¡Joder!

Sonrisa no pudo contener su furia.

—A las doce de la mañana, nuestra artillería va a vomitar fuego sobre vuestras trincheras.

La furia se volvió terror y Sonrisa miró a sus compañeros que no apartaban los ojos de él.

—Vale, me los llevaré al bosque.

—El bosque también es un objetivo. Creo que el piloto ha confirmado que las trincheras están donde siempre han estado, que no están tan pegadas como les hicimos creer.

—Que Dios nos proteja.

Adler continuó su petición.

—Y a nosotros. Hemos interceptado una comunicación de vuestro estado mayor. Ordenan que disparen sobre nuestras posiciones también. El piloto habrá informado de lo mismo.

—Pero, no nos han dicho nada de eso. ¿Cómo iban a disparar sin decirnos nada?

—De la misma manera que a nosotros tampoco nos lo han dicho. Si nuestro operador de radio no las hubiera interceptado no sabríamos nada.

— ¿Y ahora?

—No lo sé Sonrisa. Escondernos como conejos en sus madrigueras y rezar para que las explosiones no acaben con nuestras vidas.

Sonrisa sabía que eso no sería posible. Conocía el poder destructivo de aquellas armas y su munición. Sí, quizás algunos pudieran sobrevivir, pero cuántos lo conseguirían. Cuando volvió en sí, Adler ya se había alejado de él y tras un largo andar se aproximaba ya al borde de su trinchera.

—Eso es.

Salió corriendo hacia Adler y gritando le pedía que parara. Sorprendido esperó que llegara a su lado.

— ¿Qué ocurre?

— ¿Qué pasa cuando la artillería abre fuego sobre las trincheras enemigas?

— ¿Que estupidez es esa?

— ¿Qué ocurre?

—Pues que todos mueren.

Sonrisa rio frenéticamente.

—No Adler. Que las bombas no caen sobre el espacio entre ellas. Se supone que la infantería estaría avanzando y no van a disparar sobre sus hombres.

Adler comenzó a entender lo que decía y mirando el mismo campo que se extendía entre las trincheras continuó hablando.

—Entonces, dices que si nuestra artillería está disparando vuestras posiciones y la vuestra está haciendo lo mismo con las nuestras...

Sonrisa miró también el campo.

—Sí Adler, esa es nuestra salvación y en menos de tres horas tenemos que tenerlo todo preparado.

Dando las órdenes precisas, a los pocos minutos todos los soldados comenzaron a excavar una larga trinchera entre las dos existentes, justo a la mitad del campo. Protegían sus bordes con los mismos sacos de arena que antes hacían esa función con sus propias defensas y si aquellos hombres se hubieran quitado los uniformes solo se habría distinguido un solo ejército trabajando al unísono. La arena que extraían los de un bando la acarreaban los del otro. Todos bebían el agua de las mismas cantimploras y todos se ayudaban entre si con un único objetivo común, salvar sus vidas y la de los que tenían a su lado, sin importar la bandera ni su país. Incluso el viejo comandante se puso manos a la obra.

Henry los observaba mientras apilaba los sacos. Se arrepintió de no haber disparado sobre aquellos aeroplanos porque quizás su bala hubiera sido necesaria para que no estuviera ocurriendo esto ahora, pero ya era tarde. Sonrisa a su lado le extrajo de su pensamiento.

—No vas a negarme que esto es inaudito.

—Si lo que quieres decir es que vería alguna vez a enemigos trabajando juntos para sobrevivir el uno del otro, tienes razón. Nunca se me hubiera pasado por la cabeza.

—Dentro de una hora sabremos si mi suposición es cierta.

Aquellas palabras hicieron temblar cada músculo del cuerpo de Henry.

—Nuestras vidas en manos de una suposición. ¿Sabes? Quiero cambiar mi respuesta de antes. Lo de dejar mi vida en manos de una suposición sí que me parece inaudito.

No pudieron evitar reír.

Con apenas cinco minutos para que fueran las doce ya todos los hombres de ambos bandos estaban en el interior de la trinchera. Aquello era surrealista. Hombro con hombro, espalda con espalda, todas aquellas personas se apretaban unos con otro buscando refugio y apoyo. Se miraban, se lanzaban tímidas y temerosas sonrisas a sabiendas de que aquel que estaba a su lado, fuera amigo o enemigo, podría ser la última persona que vieran en su vida. Henry miraba a Sonrisa. Estaba sentado, acurrucado. Ni siquiera llevaba el casco puesto y mantenía a la vista aquel gorro de lana que nunca se quitaba. Miraba al cielo y él hizo lo mismo. Estaba despejado, de un color azul tan bello como nunca había visto antes y le parecía increíble que en menos de un minuto aquel cielo fuera un emisario cargado de muerte. Y así fue. Decenas de proyectiles comenzaron a caer sobre las posiciones que antes habían ocupado, y después pasaron a cientos. Henry llegó a pensar que toda la munición que había en la guerra la estaban lanzando sobre ellos. Durante la primera hora creyó morir pero cuando ya habían sobrepasado la segunda hora bajo aquel fuego incesante pensó que quizás tendría una oportunidad. A las tres de la tarde el fuego de su artillería había cesado y quince minutos después la del enemigo.

Cuando asomaron la cabeza e intentaron distinguir sus antiguas posiciones les costó hallarlas. Todo estaba arrasado y poco a poco fueron volviendo a lo que quedaba de ellas.

La pregunta ahora sería si aquel infierno se desataría de nuevo.

10

Nuevamente los gritos del viejo comandante diciendo por teléfono que su propia artillería había abierto fuego contra ellos, una lista falsa de muertos, las pertinentes amenazas diciendo que haría público aquel fiasco y que los familiares de aquellos valientes muertos buscarían venganza hizo creer al alto mando que la información dada por el piloto había sido un error. Para ellos, las líneas enemigas se mantenían en el mismo lugar en el que se encontraban antes del bombardeo y aquellos soldados habían muerto heroicamente por su país. El miedo de los burócratas y superiores era igual en el bando enemigo. El oficial expresó los mismos sentimientos que el comandante e incluso solicitó que le mandaran llamar desde el cuartel general. Quería presentar su informe en persona, por supuesto, se lo denegaron. A cambio enviaron una caja llena de medallas para los muertos y los supervivientes, medallas para todos. Lo habían conseguido

y en pocos días todo parecía que iba a volver a la normalidad.

Reconstruyeron las instalaciones y los bunker para intentar convertirlo todo otra vez en el hogar que habían tenido y la cosa iba por buen camino. Durante unos días Sonrisa no entregó ningún permiso entre las bajas enemigas. En ambos frentes todos hacían lo mismo, restablecer lo que tenían allí así que por el momento, como le oyó decir, los permisos han sido cancelados hasta nuevo aviso.

Tras un mes de trabajo parecía que nunca hubiera ocurrido nada e incluso el ambiente que se respiraba era el mismo. El olor a canela volvía a flotar en el ambiente.

Mirando el mar desde el final de la trinchera Henry le ofreció una taza de café a Sonrisa.

—Creo que voy a echar de menos estas vistas cuando todo acabe. Eso y que me traigas el café de vez en cuando.

Henry no pudo evitar reír. Si la guerra acabara algún día él también echaría de menos aquellos momentos. El ejército, la guerra, crea hermanos de sangre. Hermanos que ganan batallas no por sus países ni sus banderas sino por la persona que tienen a su lado y con la que combaten. Aunque allí las cosas iban a más. Muchos soldados habían creado vínculos con el enemigo durante aquel terrible bombardeo y se mantuvieron abrazados unos a otros mientras duró. Cuando acabó, Henry fue testigo de sus miradas, todo había cambiado una vez más y veía muy difícil que muchos volvieran a usar sus armas contra ellos.

Sonrisa volvió a darle a Henry su taza una vez la acabó.

—Con todo este lio nunca te felicité por aquel disparo.

—Gracias, pero todo fue gracias a ti.

—No Henry. Creo que yo no hubiera sido capaz de acertarle de esa manera. Puse todas mis esperanzas en ti, en que fueras mejor que yo y creo que así ha sido. Como dijo Adler, un nuevo sheriff ha llegado a la ciudad.

Henry sonrió.

—Ahora, amigo mío—continuó diciendo mientras se levantaba lentamente— Muy a mi pesar te dejo aquí disfrutando de estas vistas. El viejo quiere verme por los nuevos planos que está dibujando, quiere que sean creíbles y desea que le dé mi opinión.

—Bueno, en ese caso no le hagas esperar. Se pone algo quisquilloso cuando...

Un disparo le sorprendió haciéndole cerrar los ojos momentáneamente y al abrirlos vio que el cuerpo de Sonrisa yacía frente a él. La sangre le salía a borbotones del cuello y apretando sus manos contra él intentaba que dejara de brotar.

— ¡Sonrisa!

Henry parecía haberse quedado paralizado con lo que estaba viendo. Cuando despertó de lo que pensaba era un sueño se abalanzó hacia él y con un pañuelo hizo presión en la herida retirando sus manos.

— ¡Enfermero!—gritaba sin parar enloquecidamente mientras pedía a Sonrisa que aguantara.

Él le miraba, sonreía, parecía tranquilo aunque la vida le estuviera abandonando. Henry sintió una presencia a su lado. Frank ya había llegado y comenzó a sacar vendas y gasas de su botiquín. Con el frenesí, aquel paquete delicadamente envuelto que le había enseñado ya hacía tanto tiempo se desanudo y las cartas que guardaba se regaron por el lugar. Mientras Frank intentaba parar la hemorragia la sangre iba manchando muchas de ellas y Sonrisa lo sabía.

—Deberías guardarlas Frank, si alguna vez tienes que cederlas no deberían estar manchadas de sangre, no se leerán bien.

Frank le recriminó cariñosamente.

—Al diablo con las cartas Sonrisa. Estate quieto, tengo que parar la hemorragia.

Sonrisa le miró compasivamente.

—Sabes que no podrás.

Tenía razón.

Dirigiendo ahora su mirada a Henry sintió como su cuerpo iba desfalleciendo y los ojos poco a poco se le cerraban.

—No permitas que esto cambie.

— ¡Aguanta Sonrisa! Vas a salir de esta. Seguro que has estado en situaciones peores. Aguanta.

Una débil y dolorosa sonrisa emergió.

—No Henry. No voy a salir de esta y tú también lo sabes. Necesito que me prometas que no va a cambiar nada aquí, ellos no se lo merecen. Estos muchachos solo se merecen volver a casa y descansar del infierno que han vivido, ser felices al lado de sus familias. Necesito que lo hagas posible.

Henry no respondía.

— ¿Qué quieres? ¿Oír suplicar a un moribundo?, si es así lo haré.

—Maldito bastardo. Lo haré.

Sonrisa lo miró una vez más.

— ¿Sabes?...Sí, voy a echar de menos que me traiga el café, amigo mío.

Sonrisa cerró los ojos y Henry escuchó como exhalo débilmente una débil respiración.

Frank separó su mano ensangrentada del cuello y se sentó a su lado.

—Quédate con él.

Cogiendo el fusil lo cargó.

— ¿Qué vas a hacer Henry?

No contestó. A la carrera abandonó aquel cementerio y zigzagueando llegó al punto que su compañero siempre usaba para salir de ella y encontrarse con el oficial. Antes de empezar a subir la escalera de madera la noticia de la muerte de Sonrisa había corrido por toda la trinchera como la pólvora, y el miedo también. Se habían saltado la norma más importante, no matar. Aquel disparo no iba dirigido a ningún hombro sino a la cabeza, aquel disparo se hizo mientras conversaban, aquel disparo se hizo con la intención de arrancarle la vida a Sonrisa. Todo iba a cambiar y después de tanto sufrimiento y dolor las cosas volvería a ser como al principio de conseguir su paz personalizada.

Con el fusil en sus manos Henry esperaba la llegada de Adler. Una vez más lo vio aparecer y con él traía a un soldado. Cuando llegó a su lado lo vio. Era joven, casi un crío. Nunca antes había visto su cara.

Henry lo miraba fijamente pero aquel muchacho mantenía la cabeza baja mirando al suelo.

— ¿Y Sonrisa?

—Muerto, ya lo sabes. ¿Quién es? —preguntó sin ocultar su rabia.

—Es un novato. Ni siquiera es tirador. Lo enviaron con una remesa nueva de soldados tras el bombardeo. Al falsear las muertes mandaron hombres para cubrir sus bajas.

—Y por qué disparó. ¿Acaso no fuiste capaz de explicarles las normas?—gritó.

—Todos tenían órdenes de no disparar.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

La respuesta no vino de Adler, sino del soldado que con la cabeza ahora levantada miraba a Henry con ojos llorosos y llenos de miedo.

—Porque era mi deber. ¡Sois el enemigo!

Aquellas palabras retumbaron en su cabeza. Durante un instante se vio reflejado en aquel crío, pero no, aquel ya no era un muchacho inocente. Aquel soldado había matado a su amigo, a su mentor. A la persona que tantas vidas enemigas había salvado y ahora uno de ellos le había arrancado la suya. Henry le apuntó con su fusil.

Lentamente fue recitando las normas que Sonrisa le había enseñado.

—Primera norma, nunca se dispara a nadie que esté entablando una conversación. Segunda norma, nunca se dispara a la cabeza.

El muchacho comenzó a llorar a sabiendas de conocer su destino.

—Tercera norma, nunca se dispara a nadie que esté leyendo un libro y menos una carta.

Cuando acabó de decirla, Adler se había girado dándole la espalda. Aquel era un asunto entre Henry y su soldado. Él no tenía ya nada que ver en aquello.

—Cuarta norma, — Henry le miró a los ojos y con voz firme continuó diciéndola— si disparas hiere, no mates.

Un disparo retumbó provocando que los pájaros de un árbol cercano, aquel árbol cuya sombra usó una vez para leer, alzaran el vuelo. Adler se sobresaltó levemente con el disparo, pero lo esperaba; al igual que el ruido del cuerpo de su soldado al caer, pero este nunca llegó. Girándose nuevamente lo vio erguido frente a Henry. El hombro de su abrigo tenía

un agujero y la sangre comenzó a brotar lentamente por él. Adler no entendía la situación. Esperaba haberse encontrado a su soldado con un disparo en la cabeza, pero en cambio, Henry le había otorgado a aquel crío un permiso.

—La persona que mataste me dijo una vez que la venganza es un licor del que nunca deberíamos beber pues podría ser que alguien ya llevara años emborrachándose de él y que no valía la pena probarlo. Y tenía razón. Lo más fácil habría sido acabar con tu vida sin más y calmar mi sed de venganza, pero no se habría apaciguado. Hubiera querido más y más y finalmente el sueño que él deseaba para todos, incluido los tuyos, se abría esfumado como la niebla de la mañana. Ahora marchaos, que vuelva con su familia, que disfrute de ella y luzca su herida y la medalla, pero recuerda —le dijo pegando su cara a la de él con tono amenazante—, estás vivo gracias a mí, me debes un favor y quiero que me lo devuelvas.

Dándose la vuelta caminó hacia sus líneas. Todos le observaban y parecían no creer que aquel soldado siguiera vivo, pero también sabían que él lo querría así. Cuando se acercó al borde no supo más que mirarlos y dibujar una triste sonrisa.

Escuchó la voz de uno de los soldados dirigiéndose a él.

— ¿Y ahora qué hacemos Sonrisa?

Henry le miró y giró lentamente la cabeza viendo como Adler ayudaba a bajar por la trinchera al soldado. Él también cruzó su mirada momentáneamente y con un leve gesto de cabeza se despidió.

—Lo mismo que hicimos ayer y haremos mañana; mantener nuestro futuro, conseguir nuestra paz y que cada uno de nosotros vuelva a casa.

Tras decir aquello, bajó de la trinchera y caminó hacia el bosque, aquel bosque en el que tanto tiempo compartió con su amigo. Mientras lo hacía todos le iban abriendo paso y saludaban marcialmente en silencio. Él, al igual que su antecesor, les devolvía aquel saludo con respeto sin que su sonrisa se desvaneciera de la cara cada vez que lo hacía.

Cuando llegó al árbol en el que su amigo había tallado con delicadeza todas sus bajas, sacó la bayoneta e hizo una nueva marca a continuación de la última. Ahora él era Sonrisa y cuando la terminó de hacer se preguntó si su amigo no habría sido el único que las tallara, si antes de él, al igual que las historias que le habían contado, no habría habido otros muchos Sonrisa. No le importó. Se sentó con la espalda pegada al tronco del árbol y miró el campo de batalla. Los árboles poco a poco volvían a brotar hojas y un manto verde paso a paso comenzaba una vez más a invadirlo. Metió la mano en su mochila y sacó un libro que días antes había guardado con la intención de empezar a leerlo. Aquel era el

momento y lugar ideal, y cuando lo abrió, su cara no dejaba de lucir una sonrisa al hacerlo.